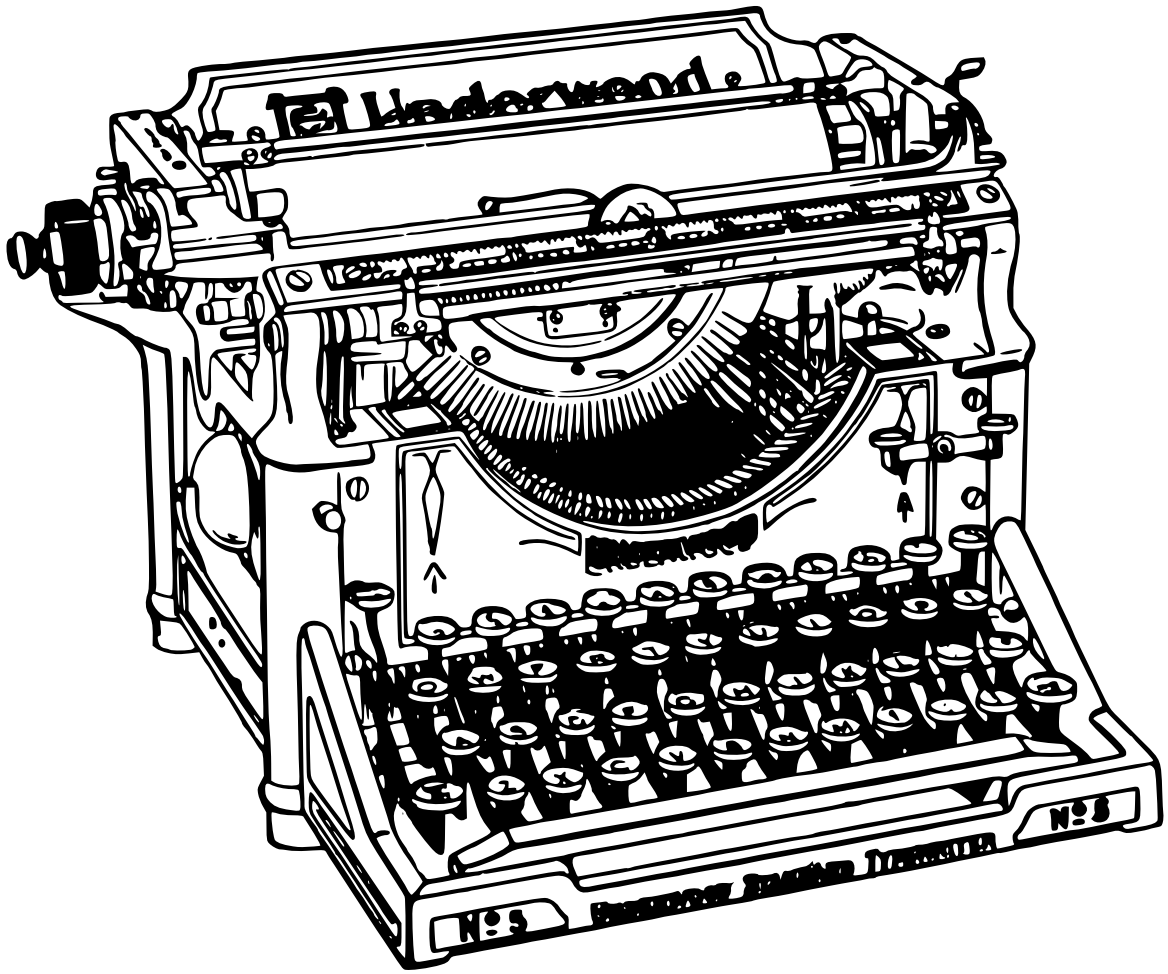
Pablo Rodríguez

Ensayo sobre la escritura

Incomprensiones, falacias y mitos



http://www.ensayo-escritura.tk

Ensayo sobre la escritura

Incomprensiones, falacias y mitos

Pablo Rodríguez

2014

http://www.ensayo-escritura.tk

© 2014 Pablo Rodríguez (http://www.ensayo-escritura.tk).

Todos los derechos reservados.

El Centro Español de Estudios Repográficos —CEDRO— carece de autorización para percibir derechos de ninguna naturaleza por este libro. Esta obra no figura en su catálogo.

No son objeto de copia privada «las efectuadas en establecimientos dedicados a la realización de reproducciones para el público, o que tengan a disposición del público los equipos, aparatos y materiales para su realización» (Real Decreto 1657/2012, artículo 3.4.a), https://www.boe.es/buscar/act.php?id=BOE-A-2012-14904#a3).

A Pablo, que le está permitido
prometer.

Carlos, Edu, Eva, Nena,
Óscar, Pablo y Rosa: muchas
gracias por una fe más
allá de toda esperanza.

ἃ γὰρ δεῖ μαθόντας ποιεῖν, ταῦτα
ποιοῦντες μανθάνομεν.

A escribir se aprende escribiendo.

Sumario

Sobre la licencia de uso		11
Prólogo		14
Introducción		17
1	La motivación	23
2	La inspiración	30
3	Los medios	37
4	El entorno	42
5	El tiempo	48
6	La planificación	56
7	Las reglas	64
8	El principio del discurso	74
9	La palabra	83
10	El estilo	90
11	La corrección	98
12	La escritura a mano	107
13	La lectura	116

Sobre la licencia de uso

Este libro se ofrece gratuitamente para su descarga en `http://www.ensayo-escritura.tk`. Esta obra no está bajo una licencia *Creative Commons* u otra licencia libre similar.

Mi intención es poner este libro a disposición de toda persona que quiera leerlo. Espero que sea útil. A cambio, sólo pido un sencillo pacto de nobleza. Creo que cualquiera estará de acuerdo.

- Si el libro te parece útil, recomiéndalo a quien creas que le pueda interesar. Hazle llegar la dirección `http://www.ensayo-escritura.tk`. Así tendrá la última versión disponible. También sabré el número de descargas con bastante fiabilidad.

- Si consideras que tiene puntos mejorables, no dejes de decir cuáles son. Tampoco olvides de describir en qué deben mejorar.

- Si consideras que el libro es malo, agradezco la crítica. La única condición es que sea respetuosa con las personas.

Para cualquier comentario, abre una incidencia en `https://github.com/ousia/ensayo-escritura/issues/`. Tienes que estar inscrito en *GitHub*. No olvides que todos los comentarios son públicos.

Para que no haya incomprensiones, hago las aclaraciones pertinentes. Así nadie podrá llevarse a engaño.

Únicamente se permite la descarga desde la página mencionada. Se permite el uso personal —no colectivo— de los archivos. Si quieres compartir el libro, envía `http://www.ensayo-escritura.tk`.

Dentro del uso personal, se incluye la impresión del archivo PDF en establecimiento público. En la página se explica cómo hacerlo. El establecimiento no está autorizado a vender el libro, sólo a imprimirlo a petición de la persona interesada. El precio de impresión y encuadernado no podrá ser superior

al del mismo número de páginas y encuadernación de cualquier otro documento.

Una última aclaración para las entidades de gestión colectiva de derechos —Centro Español de Derechos Reprográficos, CEDRO—: no cabe el cobro de licencia por fotocopia de esta obra. Este título no se encuentra dentro de su catálogo.

No existe copia privada en fotocopiadoras de uso público por excepción reglamentaria (Real Decreto 1657/2012, artículo 3.4.a), https://www.boe.es/buscar/act.php?id=BOE-A-2012-14904#a3).

Por tanto, no pueden cobrar por esta obra. Ni por copia privada, ni por cualquier acuerdo o programa de licencias con su entidad —https://www.conlicencia.com—. Ustedes carecen de ella.

Prólogo

A comienzos del siglo pasado, un escritor intercambió correspondencia con un joven aspirante a oficial. Esas cartas trataban de la naturaleza de la obra de arte y de la creación artística. Tras la muerte del poeta, el ya entonces oficial publicó diez de esas cartas bajo el título de *Cartas a un joven poeta*. Su autor era Rainer Maria Rilke.

Estas páginas no pueden tratar de asemejarse a las cartas de uno de los mayores poetas de la literatura universal. Hay una coincidencia entre ambas, que no deja de ser una casualidad. Las cartas de Rilke son una selección publicada de correspondencia privada. Esta obra no tiene su origen en una correspondencia real mantenida en el tiempo. Surge con la ocasión de tratar de explicar a un joven creador qué supone escribir. Esa ocasión la aprovecho para intentar mostrar algo muy básico sobre la escritura. Como se verá a lo largo de los capítulos, quiero desenmascar las falsedades que nos impiden escribir.

Porque estas dificultades son ficticias e innecesarias, estas páginas pueden llegar a ser útiles a más de una persona.

En cuanto al autor, sería vano que pretendiese compararme con Rilke. No es sólo uno de los mayores creadores del siglo pasado. Además, cada línea que escribo me hace dudar seriamente de mi capacidad de redacción. No sólo mi capacidad, mi experiencia vital es muchísimo más reducida que la del escritor nacido en Praga.

A pesar de la insoslayable diferencia en mi contra, creo que la perspectiva de la que nacen estas páginas es legítima. Dicho mal y pronto, creo que se trata de una buena idea. Si estas páginas cumplen lo que dicen ofrecer, deberán juzgarlo quienes las lean. Considero que puede ser una obra útil, mientras no se compare con lo que ni puede, ni pretender ser.

Los capítulos que siguen describen la práctica de la actividad de escribir. De un modo muy inexacto, puede decirse que la escritura es creación y redacción. Esta distinción imprecisa únicamente apunta a que este libro versa principalmente sobre la redac-

ción. No niego que la escritura no sea de hecho y de pleno derecho profundamente creativa. Simplemente tengo que constatar que explicar la creación artística es algo que excede totalmente el intento de estas páginas.

Por último, una aclaración breve. De este libro existen dos versiones: la normal y la ampliada. La segunda se distingue de la primera en que tiene notas al pie. Un buen amigo me advertía hace tiempo de que éstas esconden nuestra ignorancia. Por tanto, la versión reducida es la que muestra más claramente mi desconocimiento.

29 de julio de 2014

Introducción

Este libro contiene unas indicaciones prácticas que creo que pueden servirte. Incluso espero que te puedan llegar a ser útiles. No pretendo explicarte la creación literaria, sino sólo cómo se escribe. Estas páginas tienen un carácter eminentemente práctico. Porque nacen de la experiencia, de mi recorrido personal.

Como ya sabes, puede decirse que poseo cierta formación en humanidades. No debe de ser tan mala, según dice la gente que me conoce. Lo que ignoras es que durante la mayor parte de mi vida he vivido bajo la tiranía de una incapacidad. Era la conciencia de que no podía escribir. Ni sabía escribir, ni era capaz de aprender. Redactar cualquier cosa ha sido para mí una tortura, tanto por el esfuerzo necesario, como por el resultado, pobre en el mejor de los casos. Con esas condiciones, tuve que escribir incluso mi tesis doctoral. Tuve que hacerlo y cumplí con la redacción. Independientemente de

los méritos que posea y de los que carezca esa obra, el contenido es difícil de leer porque no está bien escrito. No me excuso, tengo que admitir también ese fallo.

He de reconocer que no me he prodigado mucho en redactar. No tanto por la incomodidad, como por los resultados. Sin embargo, después de la experiencia de la tesis, tenía bastante que contar —no creo que muy importante, pero sí legítimo y con cierta relevancia—, aunque sabía que fracasaría al ponerlo en papel. Quería contar muchas cosas, pero sabía que no podía. No sabía cómo llegar a hacerlo.

La incapacidad para la escritura me ha acompañado toda mi vida adulta. He de confesar que no ha sido una presencia cómoda. Por una conjunción de factores diversos, llegó el momento en que advertí que no saber escribir no es más que un conjunto de incomprensiones, falacias y mitos. El punto culminante de ese recorrido fue la lectura del libro de Verlyn Klinkenborg, *Several Short Sentences About Writing*. No hay duda, es una auténtica obra maestra que desarma por la sencillez de su planteamiento. Esas páginas resumían consejos que me habían dado

durante más de un par de décadas. Klinkenborg me anunciaba la llegada a meta en mi larga búsqueda del aprendizaje de la escritura.

La verdad sobre la escritura es que todos tenemos que aprender a escribir, de un modo u otro. No sólo las reglas, que son un requisito previo, sino la práctica que contiene las reglas y está más allá de éstas. Después de las reglas, después de pasar por todo el sistema educativo, aunque te sorprenda, hay que aprender todavía a escribir. Si tenemos algo que contar y sabemos construir frases, podemos aprender a escribir. Sin embargo, todavía es una tarea pendiente, porque la escritura es algo que hemos de mejorar para hacerlo bien. Poder componer redacciones sin errores gramaticales no es saber escribir. Se requiere algo más, tenemos que encontrar nuestro modo de decir las cosas. Lo habremos de buscar, porque no lo poseemos cuando sabemos construir frases. Nuestro estilo no es un conjunto de carencias y fallos, que es lo que tenemos cuando sólo sabemos construir frases. Nuestro estilo sólo lo alcanzamos cuando contamos las cosas con nuestra propia voz.

Supongo que te será difícil entender que me haya costado tanto escribir. La incapacidad era algo que sólo sufría yo. Según todos los indicadores, no tenía ninguna carencia para no escribir bien. Conocía y usaba las reglas de redacción correctamente. En teoría, no me faltaba nada para escribir, para que se entiendiesen mis frases. Pero mis textos oscurecían lo más luminoso y sencillo. Tenía que escribir más para que la práctica mejorase mi estilo, pero lo único que conseguía era perpetuar mi incapacidad. Hasta el momento en que entendí que toda mejora del estilo se cifraba en rehacer los textos propios hasta donde fuese necesario. No escribirás bien la primera versión de un texto hasta que tengas muchísima práctica. Eso son muchas horas de vuelo, bastantes más de las que imaginas. Mientras no alcanzamos ese punto, todos tenemos que mejorar los textos ya redactados, corregirlos una y otra vez. De otro modo, lo que pretenderíamos es mejorar una práctica por casualidad.

Estas páginas están escritas en forma de consejos que espero que puedan llegar a serte útiles. Sí, contienen indicaciones en una forma más o menos

imperativa. Por supuesto, no pretenden ser órdenes. Son exhortaciones que creo que es bueno que consideres. No tienes que seguirlas, pero pueden ayudarte a entender tu propia experiencia según la vayas adquiriendo. Muchos de los consejos pueden llegar a ser sugerencias interesantes. Otras indicaciones que te hago serán opiniones. Podrá haber errores o indicaciones no acertadas para ti. Aprenderás no siguiendo ciegamente indicaciones ajenas, sino haciéndolas propias y valorando cuáles se adaptan mejor a tu persona. En tu proceso de aprendizaje, descubrirás cómo escribes del modo mejor posible.

1 La motivación

Antes de comenzar a escribir, has de plantearte una pregunta básica. De forma sencilla, cuáles son los motivos que tienes para hacerlo. Necesitas un porqué antes de empezar a ver qué escribir. No sólo, como dice Nietzsche, para aguantar cualquier cómo. La escritura es una de las actividades más gratificantes cuando la realizas porque sabes qué quieres, qué buscas. Sin embargo, produce hastío y desasosiego profundos cuando escribir es una obligación. Incluso aunque la imposición sea tuya. Te puedo asegurar que es muy difícil escribir —mucho menos escribir bien— si no tienes claro por qué lo haces. Lo he padecido mucho tiempo y al final acabas dejando de escribir. Aunque tengas una idea de qué quieres escribir. Porque si no has descubierto por qué quieres escribir, te resultará una actividad extraña. Aunque puedas llenar de palabras un millar de hojas. Es una actividad libre, a la que no podemos someternos, incluso aunque queramos.

La pregunta del porqué de tu escritura te obliga a buscar los motivos que te llevan a escribir. El acercamiento a la escritura es libre. No es en el fondo una elección entre varias posibilidades. Escribir no es una posibilidad más entre muchas. La decisión de escribir es por la escritura misma, no por una consecuencia de ésta. La comparación con otras actividades carece de sentido. La escritura sólo puedes elegirla por sí misma. Si la escoges por descarte de otras actividades, mejor que lo dejes. Porque en ese caso, siempre verás la escritura desde fuera como un extraño.

Los motivos por los que te pido que te preguntes son relevantes para saber por qué quieres escribir. Se trata de las razones por las que decides —por las que decidimos— hacer algo, dedicarte en este caso a escribir. Cualquier motivación auténtica exige razones verdaderas. No puedes tratar de engañarte, especialmente en este caso. Las razones para escribir las encontrarás en ti mismo. Los demás no podemos ayudarte en eso. No podemos darte razones ajenas a tu persona. O no podemos imponerte las que creemos que podrán adecuarse a ti. O descubres por ti

mismo por qué quieres escribir, o sólo compondrás textos con mucho esfuerzo y pobres resultados. Escribir es una decisión, una determinación razonada. Es razonada, o no es sólo decisión, porque nos disponemos a seguir algo que no es mera apetencia o deseo nuestro. No lo hacemos tanto porque queramos, sino porque vemos que debemos hacerlo. En ese sentido, se dice que la literatura es una vocación.

Sé que la expresión *vocación literaria* está demasiado cargada de significado. Especialmente para un libro que sólo trata de mostrar cómo se escribe. Con vocación literaria, imaginamos los momentos estelares de aquellas personas cuyas obras conforman la literatura universal. Es cierto, todas esas personas decidieron en un instante de su vida dedicarse a escribir. No sólo son esas personas. Dedicarse a escribir es invertir lo mejor de tu tiempo —o un tiempo de calidad— para contar cosas a un papel. La vocación literaria es la llamada de las letras. Esa llamada es sentir la necesidad de ponerse a escribir. La decisión de la escritura tiene su origen habitualmente en que no podemos pasar sin escribir aquello que tenemos que contar. Al menos, no lo podemos

hacer sin engañarnos en lo más hondo de nuestro ser. Aunque no lo sepa nadie más, nos estaríamos tratando con mentiras.

En la primera de sus *Cartas a un joven poeta*, Rainer Maria —no me olvido del acento, en alemán es así— Rilke advierte al destinatario de sus cartas que sólo debemos dedicarnos a escribir si no podemos vivir sin la escritura. No voy a citar el pasaje, porque te recomiendo que leas el libro. El texto de esa cita es bastante conocido. Como curiosidad, su versión original es un tatuaje que Lady Gaga lleva en su antebrazo izquierdo. La pregunta de Rilke se puede traducir de la siguiente manera: o sabes por qué escribes, o mejor que no lo hagas. En ningún momento afirma Rilke que no habrá dificultades, o que por sólo querer sabrás escribir. La escritura sólo cabe elegirla por sí misma. En cierto sentido, nos va mucha vida en escribir. Por eso, no cabe excusarse, tanto para escribir, como para no hacerlo.

La escritura parte de una necesidad interior absoluta. No se trata de una manera de decir rimbombante, que queda bien en un libro, pero que está hueca por dentro. La expresión tiene un sentido

muy preciso. Necesario es lo que no puede ser de otro modo. Es íntima porque pertenece al ámbito más propio de tu personalidad. Es absoluta porque exige que decidas sobre ella, no depende realmente de otros factores. Puedes engañarte momentáneamente, pero en el fondo de tu ser sabrás si debes escribir o no. Lo que mejor describe la relación con la escritura no es tanto si quieres, o incluso si puedes, sino simplemente si debes. Lo que sabrás, aunque no quieras hacerlo, es que nadie podrá escribir por ti. Seguro que podrán componer otras obras, pero no las que tú puedes poner en el mundo. En ese sentido, la llamada de las letras es personal e intransferible.

Hay una manera errónea de entender lo que trato de contarte. La falacia sería que si sólo tengo que escribir por una necesidad interior absoluta, me desentenderé cuando no sienta nada. Por supuesto, no es cuestión de que experimentes un sentimiento o una emoción que embargue tu ser. Es decisivo que busques. Rilke cuenta a su interlocutor que se interrogue si se moriría si le prohibiesen escribir. Una de las almas más poéticas y sensibles del siglo XX no está hablando de un apasionamiento tonto. Se

refiere a que se te haga muy difícil seguir viviendo, si te prohíben lo único o lo más importante que le da sentido a tu existir. Pero eso sólo es posible saberlo cuando lo has buscado. Sin ahorrar esfuerzos, con todo tu espíritu. Aunque te cueste entenderlo, no debes perder de vista que se trata de ver si tienes que hacerlo. No se trata en absoluto de que escribas mejor o peor. Porque si has de escribir, tendrás que aprender. Aunque sepas redactar, no quiere decir que debas dedicarte a escribir. En el fondo, examina si es necesario que relates lo que quieres contar. Porque se lo debas al mundo, porque ésa sea tu deuda con el resto de la sociedad.

Investigar si debes escribir es una búsqueda. La escritura puede asemejarse a una pequeña flor. No sólo has de encontrarla, debes hacerla crecer. No debes dejarla morir, sino colmarla de cuidados. Esos cuidados son aprender a escribir. Como ya sabes, es aprender por práctica, una vez que sabes ya las reglas. Es como aprender a montar en bicicleta: se trata de hacerlo bien.

Los siguientes capítulos te mostrarán en qué aspectos debes centrarte. No sólo nadie nace sabiendo,

es que tienes que escribir mucho para saber hacerlo bien. Son las horas de vuelo para pilotar un avión. La práctica no es de otra cosa que la escritura real. Si no escribes lo que quieres contar, practicarás dictados de una forma u otra. No practicarás escritura real, no habrá dedicación a la escritura. Además, sólo después de esa práctica intensa estarás en condiciones de juzgar si realmente tienes algo que contar. Sin saber escribir, es muy difícil saber si tienes algo que contar, porque la incapacidad te lo ocultará con una espesísima bruma.

2 *La inspiración*

En este capítulo se encuentra la clave de este libro y de la escritura. La inspiración es el punto más importante de toda la creación artística. Es también su fundamento. Mientras no captes su esencia, te será literalmente imposible escribir. Porque no habrás entendido cómo se crea a través de la palabra. Es una verdad muy profunda, que se nos revela sólo después de mucho esfuerzo. No puedes olvidarla nunca. El comienzo de la creación literaria parte de esta verdad total. Toda su sabiduría se resume en la siguiente proposición: *la inspiración no existe*. Espero haber sido suficientemente claro. Por si no lo hubiese sido, te lo plantearé de nuevo. La inspiración es una debilidad mental para no enfrentarse al trabajo que supone escribir. Es sólo una excusa muy complicada de tu vagancia.

La inspiración no es el rapto de la musa que nos ilumina desde lo alto. Escribir siempre lo harás en primera persona singular. No pretendas que nadie

ni nada lo haga por ti. En ese caso, no pasará nada, o como mucho perderás el tiempo. No busques excusas, aunque sean mitos, para que hagan tu tarea. La inspiración tiene la fórmula de trabajo, trabajo y trabajo. Si hay momentos en que te parece que todo va más rápido, como si los dedos se moviesen solos por el teclado, pasas por alto todo lo que has hecho antes. La escritura es planificación y elaboración. Hay que enfrentarse a la hoja en blanco: pensando qué vas a decir, cómo lo vas a decir, escribiendo y corrigiendo lo que hayas escrito. Así siempre.

Pensar que la inspiración puede sustituir al trabajo duro es una ingenuidad suprema. Perdona que sea tan directo contigo, pero no quiero que te engañes como un niño pequeño. El fraude a nosotros mismos es querer imaginar que la escritura no exige esfuerzo. Toda actividad humana cuesta trabajo. Cuanto mejor sea lo que busques, más te costará. *No pain, no gain* o nuestro «quien no llora, no mama» apuntan al esfuerzo necesario. La creación sólo puede salir del esfuerzo. Aunque haya momentos más fáciles y otros extraordinariamente difíciles. De otro modo, cualquiera escribiría. Tienes que pasar por

todos los momentos buenos y malos. Si esperas que una varita te haga escribir por arte de magia, no pierdas más el tiempo. Deja de imaginar y decide si quieres o no. Si quieres, incluso aprender a escribir, comienza a trabajar.

El origen de la inspiración puede retrotraerse a un escritor con tanta solera como Platón. No es simplemente un escritor, es uno de los mayores de la Grecia clásica. Es también el padre de la filosofía occidental. Sin duda, hay otros textos en que Platón es muy crítico con la inspiración artística. Sin embargo, no es éste el momento de que los tratemos. Me quiero centrar en un pasaje, en una frase que muestra en qué se resuelve la inspiración —la traducción es mía y me tomo alguna libertad—:

> [...] sino después de haber pensado mucho y muy íntimamente la cosa, de repente se manifiesta en toda su plenitud —como la chispa que salta y enciende una luz— en el alma y crece ya por sí misma.

Estas palabras pueden entenderse como que la inspiración —da lo mismo que sea filosófica o literaria— surge de repente e ilumina la totalidad de

nuestra alma. Probablemente una precipitación desbocada puede llevar a leer eso en Platón. Sería la forma de no haber entendido absolutamente nada. Aunque esas palabras las emplee el filósofo griego, no dice eso. Lo que describe es la necesidad de un duro enfrentamiento y trabajo con la cosa para que llegue a darse ese esclarecimiento interior. La inspiración te la encontarás sólo después de mucho tiempo de trabajo duro. La inspiración es un don que los dioses otorgan como premio por el esfuerzo realizado.

No busques la inspiración, porque no la encontrarás nunca yendo tras ella. Esperar a escribir hasta estar inspirado es una actitud propia de principiante desorientado. Porque sólo será una grandísima pérdida de tiempo. Quienes saben lo que supone escribir no esperan la conjunción cósmica favorable. Simplemente se ponen manos a la obra.

La magia de la escritura no está en la inspiración. La creatividad tiene un punto de magia, por la que nuestras palabras van más allá de lo que habíamos pensado en un principio. Esa magia se puede ver como un rendimiento de nuestro trabajo, que reba-

sa nuestro esfuerzo e incluso nuestras capacidades. La creatividad te sorprenderá en un punto muy concreto: con trabajo, alcanzarás mucho más de lo que pensabas que nunca podrías haber logrado. Repito y no lo olvides nunca, por favor: tienes que trabajar muy duro.

El aprendizaje de idiomas es también un don de la palabra inesperado e inmerecido. Quien aprende un idioma en el país que se habla experimenta un desarrollo muy particular. Al principio, parece que es imposible entender absolutamente nada en esa lengua. Es un misterio cómo la pueden hablar en ese lugar. Comienzas a estudiar y ves que por escrito puedes llegar a entender estructuras sencillas. La lengua hablada es imposible. Te recomiendan que escuches la radio y lo haces con un grandísimo salto de fe, porque sigues sin entender nada. Poco a poco, vas entiendiendo cada vez más. Hasta que te das cuenta de que esa lengua se entiende perfectamente. Sólo es cuestión de prepararte para esa lengua, aunque te exige esfuerzo. De hecho, las conversaciones largas y entre varias personas te dan dolor de cabeza por el esfuerzo realizado. Si tienes suerte y sigues en

el país, hay un momento en que la lengua es inteligible por sí misma. No tienes que disponerte a ella, te resulta tan inmediata como tu lengua materna. O la inmediatez es incluso mayor. En ese momento, te llena una gratitud infinita.

La escritura no es muy distinta de lo que te he contado en el párrafo anterior acerca de las lenguas. Por supuesto, la progresión en el idioma sólo se consigue estudiando y queriendo mejorar a cada segundo. La única diferencia con la escritura está en el esfuerzo que dejamos de poner en esta última. Al igual que un idioma extranjero, tienes que aprender con la práctica. A escribir sólo puedes aprender escribiendo. Cuanto más avanzado estés, sentirás que los progresos son más lentos. No es que no vayas a aprender nada. Pasar de cero a cien en una lengua desconocida previamente es una grandísima subida. Aprender a escribir en tu lengua materna no es empezar de cero. Habrá cosas ya conocidas, así como cosas ya sabidas que tendrás que desechar. El esfuerzo puede parecer mayor. Sin embargo, los resultados serán mucho mejores desde el principio. No es que no tengas que mejorar, es que no tendrás

que mejorar tanto. Tu camino, que todavía tiene un largo trecho por recorrer, lleva ya andada una parte muy importante. Es mucho más gratificante recorrer lo que te queda.

En resumen, la inspiración no puede otra cosa que el empuje que te tiene que llevar a ponerte a escribir. No te confundas, ese empuje lo pones única y exclusivamente tú. No hay caminos más cortos para una escritura sin esfuerzo. Sólo dejar de escribir. Por eso, si ves que no puedes dejar de escribir, déjate de excusas míticas y ponte manos a la obra.

3 Los medios

Para escribir es necesario únicamente bolígrafo y papel. Puede sonarte demasiado austero, pero no lo es. Si realmente quieres escribir, con bolígrafo y papel te basta. Ni siquiera tiene que ser un buen bolígrafo. Es suficiente con que escriba. El papel puede ser un folio o un cuaderno cualquiera.

No está prohibido que uses un buen bolígrafo. O si te es más cómodo, incluso una pluma estilográfica. Con el papel, también puede ser un buen cuaderno. Pero no olvides lo siguiente. Los instrumentos de escritura son una parte de las condiciones que nos imponemos para escribir. Cuanto menos sencillas sean, más fácil será que no escribas. Las condiciones reales deben ser lo más básicas que sea posible. Porque así no tendrás problemas a la hora de ponerte a escribir. Si escogieses condiciones que sólo se dan muy ocasionalmente, no llegarías a escribir en serio.

Te habrá sorprendido que no te haya mencionado la posibilidad de escribir a ordenador. Escribir a ordenador ya en la segunda década del siglo XXI parece útil y sensanto. No seré yo quien lo niegue. Lo que afirmo es que un ordenador no es imprescindible para escribir. Se puede escribir perfectamente sin él. En ocasiones, puede llegar a faltarte un ordenador. Sobre todo, puede haber cosas que es mejor que escribas a mano.

Los ordenadores son instrumentos sumamente útiles. Son máquinas universales. Con ordenadores se pueden hacer infinidad de cosas. Por eso, contienen también múltiples posibilidades de distracción. Sólo voy a mencionarte un abanico de posibles evasiones: internet. Recuerda que los llamados teléfonos inteligentes son también ordenadores. Es muy díficil escribir bien con la atención perdida en mil cosas. Es posible que seas capaz de hacer varias cosas al mismo tiempo. Sin embargo, a lo mejor no las haces todo lo bien que podrías llegar a hacerlas. No es que no haya que usar ordenadores, es que no tienen que ser siempre útiles para la tarea de escribir.

Si usas un ordenador, te aconsejo que aprendas a usar el programa con el que escribas. Aprende bien porque ahorrarás tiempo y lograrás mejores resultados. Investiga qué te puede interesar más, pregunta a la gente. Porque no todo son procesadores de textos, como *Microsoft Word* o *LibreOffice Writer*. Busca, porque hay opciones que pueden resultarte mucho más útiles. Si te sirve de orientación, este libro no se ha creado con un procesador de textos.

Cada medio tiene sus propias ventajas y limitaciones. Es bueno conocerlas, para sacar lo máximo posible de cada uno. Procura no escribir con lápiz, porque se borra con facilidad, no aguanta mucho tiempo y no es fácil de leer. Si usas bolígrafo, la tinta azul o negra se lee mucho mejor que la tinta roja o verde. Si llegases a usar pluma, recuerda que la tinta de pluma se disuelve en agua. Eso quiere decir que si se moja un texto escrito con tinta de pluma, se vuelve ilegible. No puedes usar otro tipo de tinta, como tinta china, porque estropearías la pluma.

En cuanto al papel, con hojas sueltas corres el peligro de perder alguna. Usar algo para guardar las hojas sueltas o mantenerlas juntas es muy importan-

te. De otro modo será más fácil que te quedes sin algunas. Es mejor que no uses hojas de papel que tengan algo por la otra cara. Siempre de un mismo tamaño normalizado. Con papelitos, te quedas sin espacio antes y desaparecen con más facilidad. A no ser que lo tengas muy claro, es mucho mejor un cuaderno.

Con la informática es distinto. Es mucho más fácil hacer copias. Aunque un archivo de ordenador es mucho más volátil que un papel. Un archivo de ordenador desaparece casi sin darnos cuenta. En cambio, un papel o un cuaderno son más resistentes a la destrucción. Por eso, es muy importante que hagas copias de seguridad cada vez que escribas algo. Porque te pueden robar el portátil. O puede fallarte el disco duro del ordenador. Es bueno también hacer copias de seguridad en internet. Aunque los archivos no tengan acceso público, si no quieres publicarlos en ese momento.

Lo último que quiero decirte en este capítulo es que te quedes con todo lo que escribas. Al menos en su versión final. Te servirá para ver lo mucho que has mejorado con la práctica de la escritura. El

papel y la informática imponen condiciones diferentes para que conserves tus escritos. Pero no dejes de guardarlos. Aunque sólo sea para que te los publiquen si llegas a ser un escritor de prestigio. No sabes si lo llegarás a ser, pero es seguro que no podrás publicar lo que no tengas.

4 El entorno

Para escribir necesitamos también una silla, una mesa e iluminación suficiente. No es necesario nada más. Al igual que con los medios de escritura, corres el riesgo de engañarte limitándote con exigencias que no te hacen ninguna falta. Una mesa y una silla de cocina serían suficientes. Escribir es una actividad que se desarrolla redactando una frase tras de otra. Muchas veces, cuando no tenemos ganas de escribir, encontramos la excusa perfecta al creer que el entorno o los medios no son los adecuados. No es más que un engaño. Aunque sea la excusa perfecta.

Los medios son adecuados siempre o casi siempre. Para escribir basta con una mesa y una silla de cocina. Si usamos un ordenador portátil, incluso puede que no necesitemos la mesa. Todo lo demás es no querer escribir, poniendo excusas para no hacerlo. El engaño funciona por algo muy básico. Si las condiciones no podemos mejorarlas de modo inmediato, dejaremos de escribir. No lo olvides nunca,

las condiciones ideales sólo sirven para actividades ideales. El trabajo ideal no tiene resultados reales. No los puede tener. La escritura necesita mucha práctica. Y la práctica sólo se da en un entorno real.

No necesitas una mesa y una silla especiales para escribir. Sólo hace falta que no sean incómodas. Te puede sonar un poco espartano, pero no lo es. Es importante que no estés incómodo, para que puedas centrarte en escribir. Aunque eres joven, es importante que no fuerces la postura. Porque la mala postura escribiendo —o estudiando— puede dejarte secuelas para cuando seas mayor. Para que no te duela la espalda, principalmente. No es la ausencia de incomodidad durante un momento, sino durante horas. No es que no puedas levantarte en todo ese tiempo, es que debes hacerlo por descansar, no por incomodidad.

Tampoco busques una comodidad excesiva cuando estés escribiendo. Por algo muy sencillo: te puedes dormir. No es que te pase a ti sólo, nos pasaría a todos. Un sillón excesivamente cómodo también puede ponerte en mala postura si estás mucho tiempo sentado escribiendo. No escribas nunca en la

cama. No sólo por no dormirte, que sería lo más lógico y natural. Es porque es muy difícil escribir en la cama sin forzar la postura. Que ahora no lo notes —no te duele la espalda—, no quiere decir que no estés dañándola. Y cuando te duela, comenzará a ser demasiado tarde.

Como te dije antes, en algunos casos, puede ser útil escribir usando un cojín para ordenador en vez de la mesa. Úsalo sólo cuando sepas que vas a poder trabajar sin dormirte y sin incomodidades. Si tienes dudas, prueba una vez, pero corta en cuanto veas que no funciona. El cojín para las rodillas puede ser más cómodo, pero para eso tienes que escribir en un cuaderno. O usar un portátil con batería. Si lo tienes que enchufar, es más engorroso: alguien podría llevarse un cable por delante —incluso tú mismo— y tirarlo todo al suelo. El cojín para ordenador tiene que contener totalmente el cuaderno o el ordenador. Si no es así, no sirve, porque estarás incómodo. En el peor de los casos, te arriesgas a que se te caiga el aparato.

Con ordenador, tienes que escribir con teclado. Un ordenador con teclado que puedas poner sobre

un cojín especial tiene que ser un portátil. No uses una tableta —no me gusta escribir *tablet*—, o mucho menos el móvil. Un ordenador portátil es imporante para que escribas con teclado y también por la pantalla. El tamaño de la pantalla es muy importante para cuidar tu vista. Si tienes que teclear, necesitas alejarte la pantalla de los ojos. Si la pantalla es menor de doce pulgadas —son treinta centímetros— en diagonal, es muy fácil que fuerces la vista. Ten muchísimo cuidado, al igual que con la iluminación suficiente, con tener un tamaño mínimo de pantalla de ordenador. Porque las pantallas de ordenador son dañinas para la vista, especialmente si no nos cuidamos. Y los ojos son para toda la vida.

De la necesidad del uso del teclado con un ordenador, es muy importante una habilidad auxiliar que te facilitará mucho la vida: la mecanografía. No tienes que ser mecanógrafo profesional. Pero es importante que sepas teclear sin mirar las teclas. Así puedes concentrarte en la pantalla y no sólo escribirás más rápido, lo harás más ágil. Cuanta mayor velocidad tecleando, mejor. Aunque no es tanto cuestión de máximos, como de mínimos. Al menos, deberías

alcanzar cien pulsaciones por minuto. Mientras no sea posible dictar a un ordenador de manera efectiva y cómoda, mecanografiar es la manera de escribir con un teclado.

Hay un componente del entorno que no es un mueble. Se trata de la habitación donde escribas. Debe ser lo más luminosa que te sea posible. Mejor con luz natural. Además de que esté ventilada también, hay un factor muy importante: el silencio. Es bueno que no escribas en un entorno excesivamente ruidoso. Sin embargo, acostúmbrate a escribir con una cantidad normal de ruido. Porque de otro modo, el ruido se volverá contra ti. Si te empeñas en necesitar un silencio sepulcral para escribir, es probable que escribas muy poco. No te estoy diciendo que necesites un martillo percutor o un concierto en directo para escribir. Si el vuelo de una mosca te distrae, todo te distraerá. Hay distracciones que hay que evitar y otras que hay que saber dominar. Aunque habitualmente escribas en la misma habitación, tampoco te dejes limitar por ese espacio. Se puede escribir perfectamente en un tren, aunque quizá mejor con un ordenador que a mano. También se puede

escribir en una cafetería o en un parque. Lo importante es no impedir la escritura en lugares donde realmente puedes escribir sin ningún problema.

Respecto al sonido y al ruido, también tienes que considerar la música. Puede ser bueno escribir con música. Puede ayudarte a disimular el ruido. La clave está en que la música te ayude a escribir, que no te distraiga a su vez. Por eso, no debe estar a mucho volumen. Si usas cascos —detalle importante para no molestar a los demás—, ponla lo más bajo posible. Igual que la vista, los oídos son para siempre. Además, cuanto más alta esté la música, te distraerá con mayor facilidad, porque atraerá tu atención. Tú tienes que ver qué música te viene mejor para cada momento. La regla es la ayuda y no la dificultad para escribir. Habrá momentos en que no necesites o no quieras música. No hay regla fija. Eres tú mismo el que tienes que buscar tu criterio. Porque en esto, cada persona es distinta.

5 El tiempo

La escritura es una actividad que exige dedicación. Que esa dedicación tenga que ser mayor o menor, depende de varios factores. En todo caso, supone una inversión de tiempo. La inversión son las horas que te vas a pasar escribiendo. Destruido el mito de la inspiración, debes saber cuánto tiempo le quieres dedicar a escribir. Más que mucho o poco, tiene que estar claro cuánto tiempo y cuándo vas a escribir.

Para saber cuánto tiempo quieres dedicar a escribir, tienes que analizar los factores de los que te hablaba en el párrafo anterior. Creo que hay dos principales. La primera coordenada es saber cuál es el objetivo. No me refiero a ganar un premio, sino si estás escribiendo un relato corto o un libro. Porque las horas pueden cambiar según qué estés escribiendo en un determinado momento. La segunda incógnita es saber de cuánto tiempo libre dispones. Mientras no te dediques profesionalmente a escribir

—de momento, no es el caso—, sólo puedes contar con tu tiempo libre. No tienes que dedicar todo tu tiempo libre a escribir. Cuando escribas, sólo podrás hacerlo en tu tiempo libre. Ahora estudias, pero sería lo mismo si trabajases. Como tú sabes mucho mejor que yo, la clave está en saber aprovechar el tiempo.

Con la dedicación que exige la escritura, puede que inventemos problemas que interferirán en que nos podamos poner a escribir. Sí, digo inventarnos problemas, porque realmente no tiene que haber impedimentos reales cuando sabemos organizarnos. Las excusas son sólo motivos aparentes que nos engañan, pero tenemos que saber desenmascararlos. En este caso, hay dos tipos de excusas: la escritura como excusa y las excusas para escribir. Te contaré lo segundo más tarde. Ahora es muy importante el engaño de la escritura como excusa. La escritura es una actividad que cultivamos libremente. Es una afición y la haces porque quieres. Por eso, la escritura nunca puede ser una excusa para robarle tiempo al estudio o al trabajo. Ni tampoco para no dedicarle tiempo a nuestra gente. Ni para excusarnos para

evitar ayudar a los demás. Ni para dejar de dormir o descansar. Escribir es una actividad importante, pero no te puedes permitir usarla como una excusa para no hacer otras cosas.

¿Cuánto tiempo debes dedicar a la escritura? La respuesta a esa pregunta la tienes que encontrar tú mismo. Pero recuerda que escribir no es algo que pueda hacerse bien esporádicamente. Igual que no practicarías atletismo cuando surgiese, debes escribir con regularidad. Los latinos decían aquello de *nulla dies sine linea*, esto es, todos los días se debe escribir al menos un poco. De la frase anterior, quédate con lo importante: no tienes que escribir todos los días, lo decisivo es que seas constante escribiendo. Como con un entrenamiento deportivo, de nada sirve un empacho más o menos casual. Incluso es contraproducente. La escritura necesita de práctica para que mejores. Nadie es especial en este punto, siempre mejoramos con la práctica. Dedicarle una hora semanal puede ser muy poco. Aunque quizá no puedas dedicarle una hora todos los días, si no es en vacaciones. Tú tienes que encontrar cuál es la cantidad de tiempo adecuada.

Además de la cantidad total de tiempo semanal dedicado a escribir, es esencial saber distribuirlo. No es el mismo tiempo seguido que distribuido en horas y días distintos. Para eso, tienes que saber qué tiempo puedes dedicar cada día de la semana. Repito, no tienes que escribir todos los días. Se trata de que sepas cuándo podrías escribir, para escoger cuándo quieres dedicarte a escribir. Como consejo, me permito decirte que es mejor que empieces con un poco menos de tiempo del que quieras dedicar. Una vez que estés una temporada con esa dedicación, podrás decidir si puedes aumentar el tiempo de escritura o no.

La escritura exige constancia. No sirve para casi nada que tengas picos de mucho tiempo, con períodos en los que no escribas nada. La constancia también se manifiesta en un doble aspecto: que distribuyas bien el tiempo para escribir dentro de tu tiempo libre, y que respetes esa distribución. Las horas fijadas para la escritura deben ser de escritura, no de cualquier otra cosa. Por supuesto, si te das cuenta que a una determinada hora —o en todas las horas— no puedes escribir porque tienes otras

obligaciones, tendrás que cambiar. Entonces deberás reasignar la distribución del tiempo para escribir. El cambio sólo tienes que hacerlo cuando tengas problemas reales. Si puedes estar escribiendo, no tienes que cambiar nada. Sólo ponerte a escribir.

Dicen que una cadena siempre se rompe por el eslabón más débil. Cualquier actividad que requiere un cierto esfuerzo inicial puede ser muy débil. No es cuestión de tener una cintura de hormigón armado. Si hay algo más importante en un determinado momento, renuncias a escribir sin más problemas. El engaño siempre viene por algo muy básico: las excusas para escribir. No escribo tan bien como tú, pero quizá he escrito algo más que tú. Aunque sólo sea porque soy mucho más viejo. Cuando tienes que ponerte a escribir, aparecen excusas de todo tipo. Unas más razonadas que otras, pero todas totalmente falaces.

Todas las excusas para no escribir pueden aparecer durante todo el tiempo de la escritura, no sólo antes de empezar. Desenmascararlas y vencerlas requiere ser ordenado escribiendo. Porque si te dejas llevar por ellas, sencillamente perderás el tiempo.

Las excusas pueden incluso agruparse bajo diferentes clasificaciones. Un grupo muy nutrido y muy sugerente de excusas tienen que ver con la musa: no estoy inspirado, ahora no se me ocurre nada, si es que en realidad no sé escribir... No creo que haya persona que haya escrito que no haya pensado eso. Ahí, por si se te pasa por alto, están todos los autores de las grandes obras de lo que llamamos literatura universal. Claro que esos autores dejaron de llamar a la musa inspiradora entre la bruma de su imaginación para encontrarla escribiendo.

El segundo grupo de excusas es más grave, y puede llevar el rótulo de otras obligaciones. Justo cuando tienes delante la escritura, descubres una lista infinita de tareas más importantes y más urgentes. Evidentemente, no es una excusa una causa real e inaplazable —como que arda la casa—. El problema viene de las excusas, de lo que sólo quiere impedirte que escribas. El tiempo de la escritura es sagrado, sea mucho o poco. Es sagrado porque es inviolable. O lo respetas y te dedicas a escribir en esos momentos, o perderás mucho tiempo y conseguirás muy poco. Escribir tiene una parte de actividad solitaria.

Ahí estás sólo contigo mismo, por eso tienes que desechar lo que son excusas banales. Una manera de ver si te engañas es contabilizar las horas que tienes planificadas y aquellas que realmente dedicas a escribir. El recuento de tiempo te servirá para saber también si la distribución del tiempo es buena o puede mejorarse. En ese caso, también habrá excusas en horas que son de escritura, pero en las que no has escrito nada o casi nada. El control sirve para mejorar en el futuro. Porque no puedes tirar tu tiempo, que es tu vida.

En el fondo, todas las excusas para no escribir parten de la misma situación: disponerte para la escritura no es ponerte a hacerlo. Incluso aunque no estés distraído con otras cosas, puedes estar totalmente ausente de la escritura. La ausencia es que no hayas empezado a escribir. Puedes pensar que estás preparándote, pero si no escribes, sólo te preparas para perder el tiempo. Por suerte, la solución es muy fácil: tienes que saber qué vas a contar, elaborar la estructura y empezar a redactar una frase tras otra. No es más difícil, ni más complicado. Para escribir

en serio sólo tienes que advertir que la tarea es así de sencilla. Y ponerte manos a la obra.

6 *La planificación*

Siempre es necesario haber pensado lo suficiente antes de empezar a escribir. Si te pones a redactar sin más, es posible que pierdas mucho tiempo por no tener una mínima estructura. O porque tu norte sea un horizonte muy difuso. Sin embargo, esa estructura que debes perfilar no es en ningún caso un armazón indestructbile. No puede ser una camisa de fuerza que te impida ir por donde el texto te exige. La planificación de un texto es una actividad intermedia entre un proyecto de ingeniería y la elaboración de un mapa desde el aire. Dependiendo del texto concreto, se parecerá más a una de las posibilidades. La clave de la buena escritura está en encontrar el modelo adecuado para cada texto.

Un proyecto de ingeniería supone que la parte decisiva del trabajo está en la elaboración de ese proyecto. Después queda la fabricación. Por supuesto, caben modificaciones conforme se produce el modelo. Sin embargo, la clave está en el proyecto. En

él recae todo el peso del diseño y el trabajo. El proyecto es el ideal, respecto al que un ejemplar es algo secundario. La fabricación es de objetos idénticos producidos en serie. El carácter de único puede corresponder al proyecto, no a un ejemplar. Un texto se agota en sí mismo. No se produce en masa. En todo caso se publica, pero no me refiero a eso. Por eso creamos textos, no los fabricamos o producimos. Surgen de nuestra actividad y nuestra actividad no surge estrictamente de la nada. Sin embargo, nunca podemos retrotraer un escrito a su planificación. Por pobre que sea, es siempre infinitamente más rico que ésta.

La elaboración de un mapa desde el aire no es el proceso creación de los mapas que usamos. El mapa del que hablo se elabora según hemos visto la tierra a vista de pájaro, sin haberla siquiera pisado. Antes de haber empezado a caminar, puede haber caminos que no sean tales. O que nos lleven por rutas que no pensábamos que podíamos transitar. Como con cualquier mapa, no podemos pretender tener un grado de detalle muy alto. El tipo de mapa al que me refiero lo tenemos que tirar en cuanto recono-

cemos el terreno a pie. Sin embargo, el mapa tiene una función puramente instrumental. También su elaboración. El mapa no es el objetivo primordial. El fin es nuestro recorrido. De igual modo, el fin de la planificación de la escritura es facilitar la creación del texto. Lo planificado se supera con la propia escritura. No sólo tendrás que rehacer la planificación original todas las veces que sea necesario. Es que habrá un momento en que tendrás que olvidarte del plan y centrarte exclusivamente en tu texto.

La planificación es esencial para que un texto pueda existir. Estoy firmemente convencido de que la mayoría de textos que fracasan lo hacen por falta de trabajo. Esa carencia de trabajo es falta de elaboración, no tanto falta de redacción del texto. No es que no tengamos nada que decir, es que no hemos pensado lo suficiente. Pensar es una actividad transitiva, no una suerte de castigo. Que sea transtiva significa que tiene un objeto determinado. Y también requiere esfuerzo. No es poner la mente en blanco, o disimular que no estamos haciendo nada. Es analizar, articular qué es lo que queremos decir. Ése es el trabajo de elaboración. Sin ese trabajo pre-

vio, te quedarás sin palabras, literalmente no sabrás qué decir.

La tarea de la planificación de la escritura es una tarea de organización. De ordenación, si quieres, de ideas o materiales. Realmente, preparamos qué podemos contar. Cada tipo de texto es distinto. Sin embargo, creo que hay dos momentos a los que creo que hay que llegar planificando cualquier texto: la tesis y el índice.

La tesis es aquella frase única que condensa todo el texto. Dicho llanamente, es la frase que cuenta lo que te dispones a contar. No es exactamente un resumen. Desde luego no es un resumen de acontecimientos en una historia. O de argumentos en un ensayo. Si no sabes qué es realmente lo que quieres contar, es muy probable que sea imposible que llegues a relatarlo. La tesis es la esencia del texto, lo que debería quedar de él cuándo lo leyesen. No depende de la brevedad del texto. La clave reside en que capte su esencia.

El índice es la articulación progresiva de tu relato. Aunque la tesis condense tu relato, el texto hay que contarlo. El texto no es relleno que adorne tu

tesis fundamental. Para contar algo, tienes que avanzar paso a paso. Eso es precisamente el discurso. De otro modo, tu texto avanzaría a saltos en el mejor de los casos. Mientras no tengas una articulación, una lista de pasos, no puedes escribir nada. Porque realmente no tienes nada. El índice supone dividir el texto en partes y asignar qué contenidos corresponden a cada parte. Visto desde otra perspectiva, es marcar cada uno de los pasos en los que el texto se desarrolla.

El trabajo de planificación lo tienes que hacer con cada texto, pero no del mismo modo con todos. Una variable importante es la extensión. Como puedes comprender, no es lo mismo un relato corto que un libro de trescientas páginas. Al igual que un texto corto parece necesitar menos redacción, es posible que necesite menos planificación. Un texto más largo necesita más organización porque necesita más estructura. Si se divide en capítulos, es necesario buscar la tesis y el índice de cada capítulo. Cuando tienes que escribir un texto más complejo, tienes que planificarlo más. Por supuesto, no es que tengas que seguir la planificación original a pies juntillas, en

muchos casos tendrás que cambiarla. Sin embargo, no puedes dejar de hacerla.

Una parte de la planificación de un texto es la elaboración de los elementos. No me refiero a las partes divisorias que lo componen. Me refiero a argumentos, personajes y perspectivas. Es muy importante, siendo todavía más importante cuanto más extenso sea el texto. Porque tiene que haber una congruencia en el desarrollo del texto. Si personajes, argumentos y perspectivas no están lo suficientemente perfilados, es posible que los desarrollemos de manera contradictoria. O al menos incongruente.

La planificación tiene un presupuesto básico para ser efectiva. Es una incomprensión muy común entre quienes empiezan a escribir: no puedes contarlo todo. En el fondo, porque es inhumano. No es que te vayas a quedar sin nada que contar después. Si te pasa, es que estás agotado de una mala experiencia escribiendo, que no te ha llevado a ningún sitio. Es imposible contarlo todo, porque eso no es un relato, sería un monstruo.

Al planificar, tenemos que dejar de lado cosas que podemos retomar después. Aunque ese después sea secundario para el texto que está en proyecto. Lo que es esencial es que el texto tenga una selección, porque necesita tener una forma definida. No puede ser un texto infinito, amorfo. Saber hacer esa selección de lo que queremos contar, que es la esencia de la planificación de un texto, supone una cierta madurez en la escritura. No es inmediata, se da con la práctica.

En el aspecto más práctico, te sugiero el siguiente modo de llevar a cabo la planificación. Toma una hoja en blanco y empieza a escribir. Ya tendrás tiempo de pasarla a ordenador. Con una hoja en blanco tienes más libertad de movimientos y menos distracciones. Ahí estableces tesis e índices, todo cuanto sea necesario. Y puntos sobre aspectos del texto. Anota de modo ordenado, pero lo más libremente posible. Guarda esa hoja, pasando las notas al ordenador. Con la planificación completa sobre el papel, debes empezar a escribir. Recuerda que es sólo un mapa imperfecto. El camino que recorres está en tu escritura, en cada frase que escribes. Por eso pue-

des cambiar el plan. Y muchas veces, tendrás que cambiarlo.

La planificación previa es decisiva para poder escribir. Como te he dicho, exige que pienses el texto. No para que lo tengas ya en la cabeza y que sólo tengas que teclearlo. Es necesario pensar para ver qué es realmente lo que hay que contar. Te puede parecer una tarea secundaria y sin importancia. Es decisiva. Si no lo haces antes de ponerte a redactar, lo harás aunque no quieras cuando te pongas a escribir. En ese caso, compondrías un buen borrador. El texto lo tendrías que empezar a trabajar después.

7 Las reglas

Las reglas están para romperlas. Es una frase repetida hasta la saciedad. Me temo que es un tópico vacío. Se aplica demasiadas veces a cuestiones absolutamente heterogéneas. Con normas jurídicas, creo que es más sensato decir que las normas están para cambiarlas o para abolirlas, cuando no hemos de cumplirlas. En el resto de los casos, parece que un espíritu libre no puede someterse a reglas. Bien, te lo diré de modo tajante: es una soberana tontería. La diferencia está en ser señor de las reglas en vez de ser su esclavo. Quien domina las reglas, las usa en su propio beneficio. A quien le dominan las reglas, quiere liberarse de su tiranía. Antes de proclamar la anarquía, quizá haya que intentar aprender las reglas en serio, para poder llegar a dominarlas.

Las reglas gramaticales son como las normas de educación: muestran nuestro modo de ser. Puedes pensar que la educación es un mero formulismo social carente de sentido. En algunos casos, puede

llegar a serlo. Sin embargo, te voy a poner un ejemplo en el que creo que estaremos de acuerdo en que la educación nos muestra como somos. Imagínate que consigues quedar a cenar con la chica de tus sueños. Sí, ésa que sólo con que te mire y te sonría, te derrite y te pone absolutamente nervioso sin que sepas muy bien por qué. Irías perfectamente aseado y vestido, ¿no? No irías sin lavar desde hace meses, sin afeitar tampoco y oliendo a los tigres de la selva. Luego, le darías dos besos, no dos tortazos. O no se te ocurriría ejecutar un movimiento de viento mientras estuvieses con ella. En la cena, procurarías comer lo más correctamente posible. La conversación sería agradable. Y pagarías tú la cena. Por pura cortesía, porque valoras la compañía de esa persona, no por sexismo.

Las reglas gramaticales son como la educación básica con la escritura. Como en tu cena con la chica de tus sueños, la primera impresión cuenta. Para alguna gente, esa impresión es la que queda. Para el resto, borrar una primera impresión nefasta llevará tiempo. E infinitamente más esfuerzo que si hubiese sido buena. Son detalles, pero son detalles

importantes, porque entran por los ojos. Revelan tu cuidado por las cosas pequeñas, tu elegancia escribiendo. También me temo que muestran tu cultura. Tantas cosas no se las puedes fiar a un automatismo de corrección del procesador de textos. Porque te acabará jugando una mala pasada. Y habrás perdido la oportunidad de aprender ortografía y gramática.

Puedes achacarme que mi posición es demasiado estricta, demasiado normativista. Las reglas no lo son todo. Lo sé, son sólo un comienzo. Un requisito básico que se diluye en un buen estilo. Sólo desde la ignorancia se puede afirmar aquello de «escribo como quiero, sin ninguna regla». Por supuesto, cada cada cual escribe como entiende que lo hace mejor. Pero todos seguimos un alfabeto y la mayoría de palabras de nuestro idioma. Con el resto de reglas gramaticales es igual. Si escribimos como nos viene en gana, lo único que conseguiremos es que los demás no nos entiendan. O al menos tendrán dificultades graves cuando nos lean.

Las reglas se pueden romper, pero se rompen por una razón. Habrá momentos en que esté justificado o incluso sea necesario romperlas. Pero si lo haces

por capricho, sólo mostrarás tu ignorancia. Las reglas no las seguirás por ausencia de conocimientos. Aunque será algo casual. Si no sabes por qué, ni si es mejor o peor que las sigas, no estás rompiendo las reglas. Para romperlas hay que tener conocimiento de causa. La ignorancia no te permite elegir, sólo tienes que seguir su dictado. Perdona que te lo haya dicho con tanta franqueza. Creo que engañarte sobre algo previo a la auténtica escritura es absurdo. Todos tenemos que aprender y mejorar. Pero engañarnos sobre qué tenemos que mejorar no deja de ser un fraude a nosotros mismos.

Las reglas gramaticales tienen varios niveles. Todos son importantes para escribir correctamente. Aunque la corrección no es todo, es condición previa para escribir bien. Quizá una de las partes más importantes de la gramática es la ortografía. La ortografía es el conjunto de reglas que establecen cómo se ha de escribir cada palabra individual. Un ejemplo de reglas ortográficas es no mezclar letras que suenan igual: como *g* y *j*, *b* y *v* , o la famosa *h* —que es muda, carece de sonido—.

Las reglas estrella de la ortografía son las de acentuación. Podrás pensar que el español es difícil porque tiene acentos. No lo creas. Hay otros idiomas que tienen acentos: portugués, italiano y griego. En francés tienen tres acentos: agudo, grave y circunflejo. En alemán no tienen acentos, pero hay que aprender a acentuar las palabras de memoria. O en inglés tampoco tienen acentos, pero hay dos dificultades muchísimo mayores. El inglés no se escribe como se lee, hay que aprender ambas cosas. Por eso, saber deletrear una palabra inglesa es conocer su ortografía. Si un hablante nativo nunca ha oído o visto una palabra, no sabe escribirla o pronunciarla. Por ejemplo, *record* se pronuncia de distinta forma como verbo que como sustantivo o adjetivo. Creo que es más fácil distinguir en español entre revólver y revolver. La segunda dificultad es que tampoco saben cómo separar las palabras al final de línea. En español es por sílabas. En inglés no, hay muchísimas reglas que influyen, que no se pueden saber de antemano cuando no se conoce la palabra. Por seguir con el mismo ejemplo, *record* se separa de tres formas distintas si es verbo, sustantivo o adjetivo.

Las tildes tienen una grandísima utilidad. Nos permiten saber cómo se entona una palabra sólo con verla. Pero hay que conocerlas y usarlas. Por supuesto, si tienes dudas, tendrás que consultarlas. O estudiarlas si fuese necesario. Las normas son sencillas y claras. Incluso cuando la Real Academia Española no aplica criterios muy claros. Siento decirlo, pero me temo que a veces la Academia no sigue aquel lema que preside su institución: «limpia, fija y da esplendor». Porque a veces no da criterios claros. Simplificar la lengua no siempre tiene el efecto de hacerla más sencilla. El caso reciente más claro son las tildes diacríticas. Diacrítico significa que pemite distinguir. Si no usamos acentos diacríticos, será más difícil distinguir lo que leemos. Es cierto que la imposibilidad de distinguir se limitará a muy pocos casos. Sin embargo, la mayor facilidad se perderá en todos. Lo más grave de la falta de criterio académico es que no es incorrecto ni usar acentos diacríticos, ni tampoco dejar de usarlos. Son indicaciones contrarias, cuando no contradictorias. Si te parece excesivo, piensa qué dice y qué puede decir:

No sabía que quería.

Por supuesto, la acentuación no está compuesta sólo por diacríticos. Es necesario acentuar el resto de las palabras que lo exijan. Está claro que no lo notarán quienes no sepan acentuar. Pero da una impresión penosa que un texto falle en algo tan básico. Generan desconfianza respecto a lo que la persona pueda llegar a contar. Imagínate una carta de presentación para un trabajo. Si valoran eso, es fácil que pongas puntos en tu contra. No lo será todo, pero es un aspecto negativo. Si estás escribiendo una obra, no confíes en que ya la corregirá alguien después de ti. Demasiadas obras están plagadas de errores y erratas. De editoriales muy prestigiosas que sin duda conocen su trabajo, aunque a veces se les pasa por alto hacerlo.

Hay un punto muy importante que no debes olvidar nunca: la ortografía es un saber humano. La humanidad de ese conocimiento práctico no admite una corrección automatizada. Puede parecerte más cómoda, pero no sirve. Porque desactiva tu posibilidad de aprender. Además, corrige mal. No sólo los acentos. Un ejemplo que estuve a punto de escribir por teclear mal —siento contarlo, pero son

cosas del directo—: «este escroto es de grandísima calidad». Creo que *The Lancet* o *The New England Journal of Medicine* —dos prestigiosas revistas médicas— no tienen frases semejantes en sus artículos. Esa corrección estaría perfectamente automatizada.

La ortografía o la gramática tienes que saber tú, no pretendas que un ordenador te saque de los apuros. Por supuesto, puedes consultar el diccionario de la Real Academia en internet. Pero no te confundas: es distinto consultar una referencia en internet que dejar que el ordenador subraye automáticamente las palabras mal escritas en rojo. El primer caso es igual que si consultases un libro. En ese caso debes aprender, fijar tu criterio. En el segundo caso, te quitas la pregunta del medio y sigues ignorando. Te lo digo absolutamente en serio: o aprendes tú a escribir correctamente, o un ordenador no lo hará por ti nunca. Desactiva la corrección automática de ortografía cuando escribas en ordenador.

Saber escribir correctamente no sólo es cumplir con las reglas ortográficas. Es necesaria la sintaxis, que regula la coordinación entre las palabras de la frase y del texto. A la buena sintaxis corresponde que

nombres y adjetivos concuerden en número y género gramatical. También que los verbos coincidan en número y persona con sus respectivos sujetos. Cuando no respetamos ese orden, nuestras frases suenan mal. En el peor de los casos, no se entenderán.

También debes emplear correctamente los signos de puntuación. Aunque los conoces bien, me permito recordarte dos ejemplos. El primero es respecto a las comas:

Vamos a comer, niñas.

Si en la frase anterior omites la coma, cambiarías de género literario sin haberlo advertido siquiera. Es sólo una coma, pero lo cambia todo. Las comas y los demás signos de puntuación son importantes. No pueden sobrar, ni faltar. Si no los respetas, escribirás cosas que no sabrás siquiera que estás diciendo.

El segundo ejemplo tiene que ver con los signos de interrogación y exclamación. Por desgracia, es algo relativamente común. El español es el único idioma del mundo que inicia ortográficamente preguntas y admiraciones. Las preguntas y admiraciones no sólo hay que cerrarlas: en español también

se abren. Me sorprende cuando compruebo que las mismas personas que no son capaces de usar los signos interrogativos y exclamativos de apertura en español, lo hacen en inglés o alemán. Como en tenis, es una doble falta. En otro idioma distinto al español, les sonará a chino un signo interrogativo o exclamativo de apertura. No lo tienen en su repertorio. En español, es muy importante saber cuándo empieza una pregunta o una exclamación. No sirve la excusa peregrina de que la tipografía que usas carece de esos signos. Es motivo suficiente para que cambies inmediatamente de tipografía.

En definitiva, las reglas gramaticales son muy importantes. No porque sean todo en la escritura, son la base en la que ésta se sustenta. Puedes escribir correctamente y tener todavía mucho que mejorar para escribir bien. No son lo más importante, pero son decisivas. Si no escribes correctamente, nunca podrás escribir bien.

8 El principio del discurso

Una de las frases más conocidas de san Juan es la que afirma que en el principio era la palabra. Goethe, en su *Fausto*, la reformula como en el principio era la acción. Para lo que aquí nos interesa, el λόγος, la palabra de la que habla la frase citada, puede traducirse como discurso o también como frase. Respecto a la escritura, se puede afirmar que el principio está en la frase. Escribir es saber construir frases. Toda la tarea de la redacción es construir una frase tras otra.

Es posible que te suene demasiado sencillo. Te parecerá incluso excesivamente simple. No lo es en absoluto. Ponerse a escribir no es redactar un discurso completo. No estás componiendo para ganar el Nobel de literatura —ni por supuesto es el discurso de recogida del premio—. Se trata únicamente de la frase que tienes delante. No te debes preocupar por ninguna otra cosa. Sólo debes ocuparte de acabarla completamente, sin que tenga nada pendien-

te. De otro modo, cuando está pendiente de que la termines, en vez de una frase será una anotación. Después tendrás que escribir otra frase, del mismo modo. Así hasta que tengas un párrafo. Luego otro párrafo. Después otro. Así hasta que termines el texto. Ya sea una página o un libro completo en varios volúmenes.

La frase es la unidad mínima de significado con sentido completo. O eso nos contaron a los de mi generación cuando nos explicaron gramática en el colegio. Supongo que a ti te habrán contado lo mismo con otras palabras. No creas que es tan distinto, es sólo para vender libros de texto nuevos. La frase es la que tienes que ir construyendo, igual que una casa se construye ladrillo a ladrillo. Centrarse en la frase es el único modo de escribir un texto. No lo divides en frases para evitar el agobio del texto completo. Es que no hay otra manera de componer un texto. Igual que no vivirás tu vida, si no es día a día, o segundo a segundo.

Componer la frase es preocuparse sólo por la frase que tienes delante. Es vivir en presente, no perderse en un futuro incierto. Esa frase es la que está

pidiéndote permiso para existir. Eres tú quien le tienes que dar la mejor forma posible. La mejor forma posible se consigue con la mayor claridad posible. Nunca lo olvides, la fórmula es muy sencilla: sujeto, verbo y predicado. Así tendrán agilidad tus textos. De otro modo, la lectura de tus escritos no será un disfrute, sino un esfuerzo innecesario. Si tienes algo que contar, la mínima cortesía para con quien te lea es que escribas las frases lo más claro que te sea posible.

La claridad no es simpleza del discurso. Es mostrar las cosas como son, sin poner estorbos en el medio. A veces, tus propias palabras pueden ser esos impedimentos para la lectura. Porque todo lo que no es claridad en la redacción, oscurece el texto. Lo más común cuando empezamos a escribir es que nuestras frases tiendan a esconderse en su propia oscuridad. Normalmente, no escribimos claro. Por definición, cuando empiezas a dedicarte a una actividad, te falta destreza. Esa falta de práctica en la escritura se muestra habitualmente en unas frases que desmerecen de un texto que se sugiere mucho mejor de lo que está redactado. Te pido que en este

punto te fies de mí: siempre hay que comenzar mejorando las frases.

La centralidad de la frase individual te puede parecer una obsesión un poco ridícula. En absoluto lo es. Si pensases así, ignorarías la ganancia de calidad y de estilo que supone centrarse en cada frase. Por supuesto, no es una contemplación absurda, que sería obsesiva. Mejorarás tu escritura cuando mejores cada una de las frases que escribes. De ese modo, tus textos comienzan a ser textos, no conjuntos de frases más o menos inconexas. La frase es una unión inseparable de forma y contenido. Se pueden distinguir como aspectos distintos de una misma cosa, pero no pueden tomarse por separado. La mayoría de las frases que se nos ocurren necesitan esa doble mejora en la forma y en el contenido.

En cuanto a la forma, las frases deben ser cortas. O más bien, no deben ser excesivamente largas. Cuando comienzas a escribir, lo normal es hacer frases demasiado largas. El tamaño medio de una frase debe estar en quince palabras. En ningún caso, una frase debe superar las treinta palabras. Evidentemente, no es que tengas que poner un punto, caiga

como caiga, después de la palabra décimoquinta. O después de la trigésima. Por supuesto, para conocer la longitud de tus frases, tienes que contar las palabras. Bien a mano, bien con el ordenador, no dejes de hacerlo. Si tienes frases que se acercan o superan la treintena de palabras, tienes que ver qué es lo que pasa con tus frases. Lo más probable no es que te sobren palabras en la frase, sino que tengas frases individuales que realmente hayan de convertirse en dos o más oraciones. Las frases que ronden la veintena de palabras puede que tengan que perder alguna. Esas dos posibilidades hay que analizarlas en cada frase.

Un defecto muy común al comenzar a escribir es también el abuso de la subordinación. La subordinación está justificada sólo en casos muy contados. Porque enreda el discurso sin necesidad. Y también dificulta la comprensión. Con un exceso de subordinadas, cualquier texto se vuelve pesado. Las subordinadas alargan también innecesariamente la frase. Por eso, te pediría que las limites a lo mínimo imprescindible. Úsalas sólo cuando convertirlas en frases indepedientes es literalmente imposible. En la

práctica, serán únicamente subordinadas muy cortas. Las subordinadas que contengan más palabras podrán ser frases independientes.

Una cuestión de forma que se refleja directamente en el contenido es el uso de formas verbales. Puedes relatar acciones, estados de cosas o hechos. Sin embargo, siempre has de describir qué pasa, qué sucede. No dejes de atribuirle nunca el predicado a su sujeto propio. De otro modo, distraes de lo que tu relato tiene que contar. Las frases pasivas ocultan la acción: quien lee no sabe quién hace qué. Limita el uso de la pasiva, porque dificulta entender qué describe el texto. Las construcciones pasivas despersonalizan el texto, con lo que la lectura pierde interés. Si no describes bien qué es lo que ocurre en tu relato, el texto perderá incluso credibilidad. Aunque relates hechos o estados de cosas.

Las grandes obras de la literatura contienen un gran entramado de buenas frases. Quizá te parezca que estoy forzando mi interpretación para lo que pretendo afirmar. No creo que sea así. Sólo tienes que fijarte en una gran obra literaria. Lo que caracteriza a una gran obra no es simplemente que te guste

mucho. En realidad, aunque las buenas obras suelen gustarnos, no son buenas porque nos gusten. Porque como en todo, tenemos que aprender a saborear la buena literatura —al igual que la buena mesa—. Una obra maestra es aquélla a la que no le sobra ni le falta nada. Esa perfección, ese acabamiento, está en cada una de sus frases. En cada frase no podríamos poner o quitar nada sin que se resintiese. Ésas son las frases que tienes que conseguir.

En cuanto al contenido, la frase tiene que expresar un sentido completo. El contenido se exterioriza a través de una forma. Como ya te he dicho, contenido y forma constituyen una distinción sutil, no una separación entre opuestos. Lo decisivo de la frase es que diga lo que quieres decir. Contra lo que podría parecer, es un mito que la frase significa lo que quieres decir. En absoluto. La frase significa exactamente lo que has escrito. El significado de la frase es independiente de tu cabecita. Por muy contradictorio o antinatural que te parezca, tu cabeza no tiene nada que ver con el significado de tus frases. Por eso es muy importante que sepas qué dicen tus frases.

Puedes pensar que se me ha ido la cabeza cuado te pido que te cuestiones qué dicen tus frases. Nada más lejos de la realidad. Se trata de un error bastante común al empezar a escribir. Te lo explico con un poco más de detalle, porque tienes que ver el engaño. Una de las mayores falacias respecto a la lengua es la diferencia entre lo que decimos y lo que queremos decir. La incomprensión lingüística está en el querer decir como distinto del decir. Cuando queremos decir cosas distintas de las que decimos realmente, no sabemos hablar bien. O nos ha abandonado la razón. Si lo que escribes no es lo que quieres decir, sencillamente tienes que aprender a escribir. No te preocupes, es lo habitual cuando empiezas a escribir. Pero hay que corregirlo.

Para saber qué dicen tus frases las tienes que leer como otras frases cualquiera. Tienes que hacerlas sonoras. No tienes que recordar lo que estás tratando de decir con esa frase. Es simplemente saber lo que tu frase dice de un modo absolutamente independiente de ti. Tienes que leer lo que está escrito en voz alta. Porque tienes que escuchar cómo suena tu frase. Tienes que oír qué dice, como si fuese una

frase desconocida. No tienes que percibir lo que supones que dices, o lo que crees que dices. Poco a poco, viendo tus frases por lo que son y no por lo que piensas que son, ganarás en precisión lingüística. No es que llegues a controlar totalmente tus frases, pero muy pocas te jugarán malas pasadas.

9 La palabra

De las palabras puede decirse lo mismo que de las armas. Las carga el diablo y se le disparan a un idiota. O para que no suene tan drástico, las palabras están cargadas de significado. Esa carga profunda de significado no depende de quienes las usamos. Si así fuese, inventaríamos el idioma en cada uso. Cada palabra tiene su historia, que no podemos dejar de lado cuando la introducimos en un texto. El significado de las palabras es menos el que creemos que tienen como el que recogen los diccionarios. Las palabras son independientes de nuestra voluntad, por mucho que creas que tratas de escribir lo que quieres. Escribirás lo que quieres siempre que respetes las palabras que uses. Si no lo haces, dirás lo que no quieres. Aunque no quieras.

En Latinoamérica, o al menos en Paraguay, al diccionario se le conoce familiarmente como *mataburros*. Te puede sonar extraño, pero cuando escribas —no sólo entonces—, debes consultar más el

diccionario. Un buen diccionario. El diccionario de la Real Academia no es malo, pero no es el único. Necesitas un diccionario de uso, no un diccionario histórico. El *Diccionario de uso del español* de María Moliner es un buen diccionario de uso. Yo diría que es mejor que el *Diccionario de la lengua española* de la Academia. Pero el de la Academia tiene una ventaja: se puede consultar por internet gratuitamente. Esa facilidad pesa mucho a la hora de usarlo.

Debes usar el diccionario para cerciorarte de los signficados de una palabra. No es que no los conozcas en absoluto, es que tienes que comprobarlos. Los que crees conocer, los que conoces y los que desconoces. Para que una palabra no trasluzca lo que no quieres decir. O para que sepas qué efectos secundarios tiene su uso. De otro modo, no serás dueño de tus palabras, sino su esclavo más humillado. Porque la distancia entre lo que la palabra dice y lo que crees que dice puede ser un abismo infinito.

Como te decía al empezar este capítulo, las palabras están cargadas y nosotros las disparamos. Su carga explosiva ya está presente antes de que las uses. Cada palabra dice lo que dice. Quieras o no, lo co-

nozcas o lo ignores. Por eso tienes que saber qué posibilidades admite una determinada palabra —sea nombre, verbo, adjetivo o adverbio—. Muchas veces, la única manera de saberlo será buscarla y pensar sobre la información que te da el diccionario. Luego podrás decidir sabiendo qué haces. La imprecisión lingüística es como una cuchilla mal alfilada. Si tratas de afeitarte con ella, es mucho más fácil cortarte. Además será mucho menos precisa.

Los ejemplos podrían ser infinitos, pero te daré unos cuantos. Son los que se me han venido a la cabeza. No están especialmente seleccionados, aunque creo que muestran bien lo que quiero decir.

El primer ejemplo es la consistencia de un argumento. En español, consistencia es la dureza física de un material. No tiene que ver nada en absoluto con la congruencia o coherencia de una argumentación. O la presunta inconsistencia de un razonamiento no es su contradicción o incoherencia.

Muchas veces, como en este ejemplo y el anterior, asumimos significados sin el menor asomo de crítica. No nos preguntamos si lo que tratamos de decir está bien dicho en nuestra lengua. Gótico es

referido a los godos. Cuando gótico se aplica a tétrico, oscuro o similar, sencillamente en español está mal usado. Por pura ignorancia. Aunque se repita mucho o incluso lo acabe reconociendo la mismísima Academia. Me puedes preguntar: ¿no existen los préstamos lingüísticos? Tienes razón, pero son de palabras, no de significados. Los préstamos lingüísticos de significados son barbarismos. No son barbaridades, sino usos de palabras como se emplean en idiomas extranjeros.

No todo viene del inglés, también tomamos del francés significados prestados. Enervar no es en español exasperar, sino su contrario: relajar, matar el nervio. Enervar la presunción de inocencia quiere decir debilitarla. Con la frase anterior no cabe decir que exasperemos la presunción de inocencia de nadie. Por si tienes dudas, se trata de una expresión jurídica.

Es cierto que la Academia admite en su última edición el significado de enervar como exasperar. Sin embargo, lo único que revela es la falta de criterio académico en otro ejemplo más. O si la Academia tiene un criterio sobre este particular, no lo consi-

gue comunicar al resto de los mortales. Si enervar puede ser relajar o tranquilizar y también exasperar, me temo que los significados son contradictorios. En la edición anterior del *Diccionario de la lengua española*, la Academia recogía el posible significado de exasperar. Pero desaconsejaba su uso por ser un galicismo —un significado francés—. El mero uso no transforma un error en un acierto. Aunque la Academia se empeñe en limitarse a describir y se olvide de que también ha de prescribir.

Si no aprendemos a usar las palabras nos encontraremos cosas tan divertidas como «rendimiento óptimo, aunque sea susceptible de mejora». Esa expresión rezuma ignorancia, porque lo óptimo, el superlativo no admite un grado mayor de intensidad. También empezaremos a ver que existen femicidios, sin saber muy bien qué significan. En español existen los uxoricidios. Exactamente, el asesinato de la esposa. Los homicidios son muertes de personas, no sólo de varones —*homo* en latín es tanto mujer como hombre, no sólo el último—. Además en España, el asesinato no es un simple homicidio, porque añade los agravantes de alevosía o ensañamiento. El femi-

cidio falla en lo que dice y debilita lo que pretende decir.

Relacionada con ésta, existe otra confusión parecida. Es con la palabra homosexual. Por influencia del inglés, se suele hablar de homosexuales y lesbianas. Empezando al revés, desconozco por qué lesbiana no es lesbia, que así se llaman las habitantes de la isla de Lesbos. De esa geografía proviene el adjetivo inglés *Lesbian* —los toponímicos en inglés se escriben en mayúscula— o el alemán *lesbisch*. Aunque más chocante es que parece que no existan homosexuales femeninas. El *homo-* de homosexual tiene la misma raíz que homogéneo. No tiene nada en absoluto que ver con *homo*, que te recuerdo que es persona. Sus contrarios son heterosexual o heterogéneo. Por eso no es contradictorio afirmar que existen homosexuales femeninas. Sí, aunque en inglés lo digan mal también, me temo. Usar *gay* es un barbarismo, innecesario porque homosexual es exactamente eso: se aplica a mujeres y varones.

En definitiva, el diccionario es tu grandísimo amigo. Por supuesto, usa buenos diccionarios, tanto de español, como de otras lenguas que conozcas.

Que estén disponibles en internet no quiere decir necesariamente que sean buenos, sino sólo que ofrecen acceso gratuito. Tendrás que acudir en ayuda del diccionario muchas más veces de las que crees ahora. Para saber con precisión. No para que siempre tengas que ser preciso escribiendo. Sino para que no ignores lo que escribes.

10 El estilo

El estilo no puede ser un conjunto de errores y carencias. No es lo más propio que tienes hasta que no lo consigues. Principalmente, porque hasta entonces no tienes nada. Es tu modo de contar las cosas. Sin embargo, tendrás un modo de contar las cosas cuando lo hayas hecho muchas veces. Mientras no desarrolles tu propia voz en la escritura, lo único que tendrás es la carencia de un estilo. Eso no es malo, es necesario. No puede ser de otro modo. Encontrarás tu estilo sólo después de haberlo buscado. Mediante la práctica de la escritura. Sencillamente, no hay otro modo.

Quizá te suene extraño, pero el estilo en la escritura es como la libertad en la vida. Se trata de una tarea, de una conquista, no de algo con lo que cuentes desde el principio. Si quieres, puedes hablar del estilo de quien empieza a escribir. Aunque realmente sólo en un sentido empobrecido o secundario. Como la retórica de quienes balbucean. La

imagen de la tarea te parecerá trabajosa. En realidad lo es. Sin embargo, no es un esfuerzo infinito. Entiendo que es el mismo esfuerzo que aprender a andar. Creo que aquí las caídas no tienen ni que dolerte. Aunque acabarás en el suelo algunas veces. Una vez que consigues tu estilo, no lo perderás. Sólo deberás ejercitarlo.

El estilo que debes conseguir exige que entiendas qué supone escribir. Al menos como práctica de una actividad. Eso supone diluir alguna falacia y algún mito sobre la escritura. En este momento se me ocurren una dualidad de falsedades. No creo que sean tanto argumentaciones perfectamente separadas, como dos aspectos del mismo núcleo argumentativo.

La primera falacia es que escribimos traduciendo pensamientos. Si escribimos así, es altamente probable que lo hagamos mal. Lo central de la escritura no es tu cabecita, sino el papel que tienes delante. O propiamente, el asunto que relatas. Puedes pensar un texto, pero cuando escribes no dejas de pensar. Cuando escribes, piensas con y en el papel. Si tienes presuntamente que traducir ideas al papel, sólo las

estás pensando al escribirlas. Tienes intuiciones o imaginaciones, pero no discurso. Ni siquiera el comienzo del discurso. Por eso tienes que esclarecer lo que creees que sabes de modo confuso. Supones que sabes lo que realmente no sabes.

La escritura tiene una parte muy importante de habilidad, de saber hacer. Esa habilidad tiene mucho de hacerse a un medio que no es inmediato, que no es propio. Igual que aprendemos a hablar, tenemos que aprender a escribir. En ambos modos de decir, podemos mejorar. La habilidad conseguida es una destreza. Escribir tiene mucho de destreza, de habilidad adquirida por práctica. No es tan distinta de las destrezas manuales creativas. Te propongo un ejemplo. A nadie se le ocurriría decir que tiene que traducir las ideas a la plastilina. Cuando no se la comen —el artista no debe pasar hambre—, los niños tienen que dar forma a la plastilina. Lo mismo pasaría con el barro o con la ebanistería. La destreza supone enfrentarse con un medio extraño y transformarlo. En el fondo, la escritura no es distinta. Si es de otro modo, es que nos falta práctica y destre-

za. Sólo cuando la consigamos, podremos hablar de estilo.

El segundo mito negado es que los textos no fluyen. No fluyen, porque en el fondo no brotan de una fuente que sea nuestra intimidad o nuestro interior. El origen de los textos no es el yo, sino nuestra actividad. Es importante abandonar esta perspectiva intimista para darse cuenta de que el texto es lo que está escrito. Retrotraer su origen a la mente de un autor, incluso aunque fuese cierto, no aclararía nada —o casi nada— sobre la creación artística. El texto es discurso. Sí, se articula temporalmente, porque no puede darse todo en un punto único. Dicho muy pobremente, tiene que avanzar paso a paso. Por eso tiene que componerse paso a paso. Pero eso es el escrito mismo, no la cabeza de quien lo compone.

La característica más importante del estilo debe ser la claridad. Por ignorancia, se suele confundir con pobreza o simpleza. Nada más lejos de que sea así. La claridad es el intento de manifestar el asunto que se relata sin ningún recurso que lo oculte innecesariamente. La claridad lleva a que todo el discurso manifieste aquello que relata. Si me permites una

imagen, la claridad es consciente de que el discurso es como un desvelamiento. Es quitar un velo de seda que cubre un objeto. Ha de hacerse de la forma más lisa y suave posible. Para que al final, desaparezca el velo y sólo se muestre la cosa. Lo que quiero mostrar con la imagen es que todo lo que no es claridad impide el desvelamiento.

La importancia de la claridad se ve también en negativo. Siento decirlo, pero creo que es una incomprensión habitual de principiante. Es la confusión entre profundidad y oscuridad, tomando ésta por aquélla. Este error ya tiene cierta solera, porque ya Nietzsche advierte que la auténtica profundidad busca claridad. De un estilo oscuro sólo ganarás confusión. Probablemente propia y ajena, porque escribir claro ayuda a pensar claro. El falso engolamiento en la escritura suena tan mal como en la voz hablada. Manifiesta que el contenido es hueco, que en realidad no hay nada más que aire. Por mucha posturita que hagamos, empezamos a hacer un poco el payaso.

La claridad no es simpleza de estilo, sino sencillez. No confundas sencillez y complicación con

simplicidad y complejidad. Simple es lo que no tiene partes, complejo es lo que está formado por ellas. Sencillo es lo que carece de artificio y complicado es lo rebuscado o dificultoso. Las cosas son simples o complejas. Las personas las hacemos sencillas o complicadas. La claridad que has de tener debe hacer sencillo lo complejo, no complicado lo simple. Si no consigues claridad, añadirás una dificultad innecesaria a la lectura y la escritura de tus textos. No es simpleza, es evitar brumas y tinieblas en tus escritos.

El planteamiento que te propongo puede parecerte demasiado pobre. Puedes pensar que empobrece el estilo que tienes. Todo lo contrario. Te puede despojar de lo que sustituye a un auténtico estilo. Piensa que esto no es un circo. No se trata del más difícil todavía. La escritura no son piruetas acrobáticas. O no puedes empezar con acrobacias antes de andar correctamente. El estilo es la ganancia de la escritura. Es como una flor, que sólo puede darse si tiene la luz suficiente. Sólo si tiene claridad suficiente. Si está cubierta por otras flores, aunque sean de plástico, es fácil que la ahogues. O que tomes una

de las imitaciones pensando que es tu estilo. En ese caso, tu estilo será fundamentalmente una carencia.

Como te he mencionado ya en este capitulo, el estilo es una semilla que has de cultivar. Como semilla, no es nada. No sirve de nada, si no florece. El estilo tienes que alimentarlo con la escritura. Desparasitarlo de bichos que pueden matarlo. Darle luz y agua suficiente, podar lo que no sirva. Para que la planta y su flor crezcan lo más fuertes y grandes que sea posible. Sin embargo, eso te exige algo básico. Que renuncies a la semilla para que pueda surgir una planta. Por eso necesitas practicar la escritura, buscar la claridad en el estilo. No disolverá tu sello personal. Únicamente lo fortalecerá.

Antes he usado la imagen de una planta, de una flor. El agua que le permite crecer al estilo es el interés. Consiste en que tu relato muestre el atractivo de lo que cuentas. Porque de otro modo, será muy difícil que la escritura o la lectura del texto no resulte ardua. Es una suerte de seducción, de seducción a través de la palabra. La vida humana tiene en la seducción un elemento básico. Sin embargo, entendemos la seducción como las artimañas fraudulentas

para ganar el cuerpo. La auténtica seducción es el movimiento que busca ganarse el alma. Es mucho más duradera, porque te ganas a la persona y no intentas defraudarla. La seducción con tu escritura es manifestar la belleza del relato. Ese estilo invita a leer.

11 La corrección

En realidad, el título de este capítulo debería ir en plural. Pero *Las correcciones* es el título de la primera novela de Jonathan Franzen. Al menos, la primera publicada por Ediciones Salamandra en español. Son plurales, porque la corrección es más un hábito que una actividad puntual. Corregir es corregir y volver a corregir. Aunque esté tratada en último lugar, es sólo porque es la última en el tiempo. Sólo puedes corregir lo que has escrito antes. Es la fase más importante de toda la escritura. Nunca, repito, nunca la puedes pasar por alto.

Sin corregir es muy díficil que llegues a aprender a escribir. Si no corriges tus textos, que los puedas llegar a mejorar dependerá del puro azar. Si no sabes en qué fallas, es extraordinariamente difícil que puedas llegar a aprender. La clave está en corregir lo que haces mal. Para que puedas corregir errores, antes tienes que advertirlos. Si no hay corrección, escribirás a ciegas. Porque no sabrás qué está mal.

Ignorarás también cuáles son tus puntos fuertes y cuáles los débiles. Si no vuelves sobre lo ya escrito, avanzarás en la escritura por pura casualidad. Porque cualquier mejora es el trabajo de un fallo advertido o de una posibilidad no aprovechada.

Sin correcciones nunca aprenderás a escribir. Entiendo que te pueda parecer humillante a primera vista. O al menos incómodo. Corregir no es reprender, no es echar en cara. Corregir es mostrar una posibilidad de mejora. Además, solemos entender las correcciones como que nos corrijan. No son exámenes por los que te ponen una nota. Es aprendizaje en estado puro. Lo importante no es la nota, sino lo que sacas en limpio. Es la ganancia neta del aprendizaje, sin la deformación de una evaluación. En la escritura, ninguna corrección te sirve cuando no la asumes como propia. No es que te tengas que someter al criterio ajeno. Debes desarrollar el tuyo propio. Sin embargo, tú mismo has de ver la carencia del fallo y la ganancia de la mejora. Te lo advierta quien fuere.

Si las correcciones son decisivas, no puedo suprimir la siguiente advertencia. Cuidado, porque

la soberbia juega muy malas pasadas. La humildad supone reconocer que siempre podemos aprender. No te digo que puedas aprender de todo el mundo. Pongámonos en situación, para que entiendas el sentido de lo que te digo. Como veremos después, es bueno corregir con rotulador rojo, porque es lo que más se nota en un texto negro en papel blanco. Si ves un texto tuyo que parece más una sangría que otra cosa, puede que tu primer impulso sea rebelarte. Incluso no es fácil cuando eres tú mismo quien lo ha corregido. Pero desoyendo las correcciones que te proponen, perderás la oportunidad de aprender. Podrás pensar que tú ya sabes, que sabes más que quien te ha corregido. Quizá no. Nadie que hace una corrección de ese estilo busca humillar, sino ayudar de verdad. Porque hace falta bastante tiempo y trabajo. Porque si alguien te quiere humillar, lo notarás inmediatamente.

No te estoy diciendo que cualquiera pueda corregir o darte una opinión sobre tus textos. Debe ser una persona en la que tengas confianza. Tanto en la persona, como en su saber. El conocimiento es necesario para que pueda juzgar, para que sepa

analizar. La confianza personal es importante para saber que te dirá lo que vea sin maquillarlo, que tratará de decírtelo de la manera que mejor te sirva. También es importante poder fiarte de que tus textos sólo los lee esa persona y nadie más. Por supuesto, con los primeros comentarios verás hasta qué punto te sirve la ayuda de la persona concreta. Puede haber cosas que te molesten, o incluso que te duelan. Mientras sean sobre tu escritura, procura no cerrarte. Porque la técnica del avestruz sólo sirve para perder la cabeza.

Puedes cerrarte de tres formas. No admitir corrección alguna es la mejor manera de perder el tiempo. Porque tu esfuerzo escribiendo tendrá resultados inapreciables. Pensar que cualquier sugerencia o comentario es una enmienda a la totalidad no es más que ignorar la posibilidad de mejora que tienes delante. Un texto no es todo o nada, se trata de escribir cada vez mejor. Puede que pienses que no sabes escribir en absoluto porque necesitas hacer muchas correcciones. Es sólo una excusa. Sólo tienes que aprender. Necesitarás esfuerzo, pero no

dejes engañarte con que es imposible que escribas bien.

Las correcciones de la escritura muestran un aspecto muy importante en la creatividad adulta. Hay un ejemplo tomado de la psicología infantil que ayuda a entender cómo las correcciones son esenciales en todo proceso de aprendizaje creativo. La primera creación de un niño le sorprende. Le roba, le arrebata ese espíritu en formación. Es el primer producto íntegramente suyo. Por eso le cuesta tanto desprenderse de él. Aunque ese alejamiento es necesario para la maduración personal. Los adultos deben dejar correr el agua —lo siento, pero es lo que es—. A veces nos aferramos a creaciones similares, cuando tenemos que dejarlas ir para que podamos escribir textos mejores.

En el caso extremo, la corrección puede pedirnos empezar de nuevo. Lo duro de romper páginas —o borrar archivos— no es tanto la destrucción, como la necesidad de empezar de nuevo. Sin embargo, es lo mejor porque es más cómodo y más rápido. No podemos mejorar un texto infinitamente. Llegados a un punto, sólo puedes escribirlo de nuevo.

Incluso aunque pudieras, el esfuerzo sería mucho mayor porque estás siempre encadenado a lo ya escrito. Contar desde el principio puede ser mucho más fácil. Si el texto necesita demasiados cambios, la opción más fácil es olvidar y volver a escribir de nuevo. Aunque te pueda parecer lo contrario.

Las correcciones de otras personas son grandes oportunidades para aprender. Aprovéchalas lo máximo posible. Puede haber alguna persona que no te aporte nada, pero será normalmente la excepción. Corregir un texto ajeno es un esfuerzo considerable que la persona hará gustosamente. Maximizarás tu beneficio, si el texto lo has corregido previamente. Cuanto más corregido esté el texto —al menos ortográficamente y libre de erratas—, mejor será el análisis que te ofrezca la otra persona. Así aprenderás más y el texto quedará mejor. Por supuesto, si no incorporas luego las sugerencias que te hacen, es mejor que no pidas a esa persona que lea otros textos tuyos. Porque aunque quiera ayudarte, sólo le estás haciendo perder el tiempo. Puede que no tenga los conocimientos necesarios, pero entonces habrás escogido mal a la persona.

Las primeras correcciones de un texto tienen que ser las tuyas. No puedes esperar que corrijan tus textos, cuando tú no te has molestado siquiera en hacerlo antes. Todo escrito tienes que corregirlo al menos una vez, independientemente de su extensión. Al igual que las frases deben estar completamente escritas, las correcciones deben ser lo más completas posibles. Si ves un error, corrígelo o márcalo con rotulador porque puede que no lo veas en la próxima lectura.

No olvides que en pantalla es donde peor se corrige. El papel es la mejor opción para corregir. Con un rotulador rojo, para que destaque lo que tienes que cambiar. Nunca con lapiz, que se ve mucho menos. Evita la tinta negra, porque se distingue peor de una impresión en negro. Haz las correcciones o añade avisos en el margen derecho. En el margen exterior, si la impresión es a doble cara. En el margen derecho o en el exterior, buscarás y verás más fácilmente qué hay que mejorar. De este modo, evitarás que se te pase por alto alguna corrección cuando tengas que incorporarlas al archivo informático.

El papel supone la corrección más cara, pero es la más efectiva. Cuando corrijas en papel, debe pasar el menor tiempo posible entre que haces las anotaciones e incorporas las correcciones al archivo informático. Como ya te he aconsejado, no uses correctores automáticos, porque se te pueden pasar errores graves. Para que la corrección sea lo más efectiva posible, lee el texto en voz alta. Escuchándolo es el modo en que detectarás más carencias.

Según la extensión, un texto puede tener una o varias correcciones. Todos los textos debes leerlos al terminar de escribirlos y corregir lo que veas en pantalla. Además también debes imprimirlos una vez y corregirlos a mano. Cuando un texto tiene partes, tienes que corregir cada una de las partes y el texto completo al final. Siempre que modifiques el texto o una de sus partes, tendrás que volver a leerlo para corregirlo. Las correcciones parciales y finales tienen que ser en papel. Habitualmente tienes que leer en pantalla lo que vayas modificando y ver si está bien escrito. Porque a ordenador, es fácil cambiar algo y que el resto de la frase o el texto queden mal. No tengas miedo a corregir lo que sea

necesario, porque cada vez hilarás más fino. Aunque las correcciones en papel se parezcan más a salsa de tomate que a hojas de texto. Así conseguirás textos más acabados. Mejorarás mucho cuando pierdas el miedo a corregir tus textos.

12 La escritura a mano

Es importante que escribas a mano. Piensa que debe serlo, porque le dedico uno de los últimos capítulos. Aunque te resulte más cómodo hacerlo a ordenador. A pesar de que te parezca que requiere más esfuerzo. Incluso aunque pienses que es algo que pertenece a épocas pasadas. Mientras se fabriquen papel y tinta —algo que no sé si verán nuestros nietos—, no dejes de escribir a mano.

No te voy a hablar aquí de los placeres de la práctica de la caligrafía. Entre otras cosas, porque yo no tengo propiamente caligrafía. Mi letra es horrible, por lo que sería más bien cacografía, en sentido estricto. La caligrafía es primariamente escritura bella y por extensión se aplica a los rasgos de la escritura a mano de una persona. Tampoco pretendo que no escribas nada a ordenador. En absoluto. Sólo te pido que escribas también a mano habitualmente. No sólo en las grandes ocasiones, o para anotar la lista de la compra y similares. Una de las razones

más importantes para que escribas a mano es fortalecer la práctica. O si lo prefieres así, para que no se te olvide. Como andar en bicicleta, siempre hay que practicar para no dejar de saber.

Antes de pasar al papel, es importante ver qué debes tener en soporte informático. Es bueno que haya textos que escribas directamente a ordenador. Por muchos motivos, que pueden resumirse en dos: maleabilidad del texto y facilidad de compartir con otros. Por supuesto, si te empeñas, podrías escribir también tus textos a mano para pasarlos después a ordenador. No creo que sea una buena idea. En primer lugar, porque escribir así es mucho más difícil. Piensa en los cambios que tuvieses que hacer. Sólo con las tachaduras, un texto se vuelve menos legible. Cuando no ilegible, si son muchas. En segundo lugar, te arriesgarías a quedarte sin los manuscritos. No serías al primero al que le pasa. Dejando de lado esa idea, no debes escribir a mano lo que pienses compartir con otras personas. En todo caso, si son varias, aunque no sea simultáneamente. No digo que no dejes lo que escribas a mano. Ni siquiera es que te arriesgues a quedarte sin esas páginas. Si un

texto quieres trabajarlo —con la intensidad que sea— con otra persona, debe estar en formato electrónico. Por legibilidad y por facilidad de modificarlo después. Si dejas un manuscrito, responsabilizas a esa persona de lo que pase con esas páginas. En la mayoría de los casos, esa responsabilidad será excesiva. No podemos pedir cuentas a los demás de lo que no hemos sabido hacer bien nosotros mismos.

Los manuscritos están para escribir cosas que sean para ti, que no vayan a ver otros. La forma más habitual de esos escritos es la de un diario. Diario es sólo un adjetivo, que significa «de todos los días». Ahí puedes escribir todo lo que se te ocurra. No son cartas a una especie de amistad invisible, como aparecen en películas de adolescentes. El diario es el resultado del hábito de escribir todos los días. Durante un breve período de tiempo, entre cinco y quince minutos. Sobre lo que te haya pasado o lo que pienses ese día. No es mucho en el día a día, pero es algo inmenso con el paso del tiempo.

Es importante que escribas a mano por la práctica. No sólo de la caligrafía, del hecho mismo de escribir a mano. La agilidad manual escribiendo no

es algo secundario. Porque cada vez tendrás menos oportunidades de escribir a mano. Tanto en la universidad, como luego en el trabajo. Toda destreza física se acaba perdiendo si no se practica. Sin embargo, la mayor importancia de que escribas a mano radica en que no escribes asistido. No tienes muletas o silla de ruedas, sino que avanzas por ti mismo. Te enfrentas tú solo a la ortografía y a la gramática. Incluso aunque tengas desactivadas las correcciones automáticas —como es esencial que hagas—, la posibilidad de consulta es menos inmediata. Un papel no tiene internet. Te enfrentas de modo más claro a tus carencias. También así tienes mayores incentivos para subsanarlas. Así dejas de usar la red como unas muletas y comienzas a andar por ti mismo.

La escritura es un modo de decir. El decir es como la vida. Ambas son discurso. Discurso es lo que existe y se da en el tiempo. La vida se vive segundo a segundo. Hay un ahora, un antes y un después. Son el pasado, el presente y el futuro. La escritura también se articula en el tiempo. La escritura a mano no puede remodelar lo ya escrito. Sólo permite tacharlo. De ese modo, escribir a mano te impone

unos límites mayores. Exige más de ti, porque te exige lo mejor de ti. Cada trazo de tinta seca queda para siempre. Así tienes que ser mucho más ágil. Has de pensar más y mejor lo que dices. Tu respuesta tiene que ser más rápida. Escribiendo a mano te enfrentas a cuerpo descubierto con la escritura. Sin nada que te evite o te suavice los golpes.

En un mundo en que la informática lo invade todo, cuesta entender la limitación que impone a la escritura. Principalmente, porque no tenemos la distancia suficiente como para cuestionarnos. La informática aporta comodidades a la actividad de la escritura. Respecto al acto creativo de la escritura, acaba siendo una silla de ruedas que puede convertirse en su tumba. La informática no construye el discurso. De ahí que constituya una falacia pensar que no podemos escribir sin ordenador. Podrás no teclear cuando te falte, pero siempre tendrás que escribir a pesar del ordenador.

Un ordenador no es una máquina de escribir, es algo totalmente distinto. No sólo por la capacidad de composición tipográfica de la que carece la mecanografía. Es algo más simple. La informática

permite que un texto sea infinitamente maleable. La fijación de la escritura mecanografiada o manuscrita no existe con la informática. Los archivos informáticos sufren de la más pura volatilidad. O de inconsistencia física. Esa característica impone unas condiciones a la actividad de la escritura. Fundamentalmente, una falta de exigencia respecto al papel. Lo escrito en un ordenador puede ser siempre de otra manera. Esa particularidad no es necesariamente mala. Pero impone un duro peaje. La volatilidad de la informática exige una voluntad de hierro para la fijación de la frase. La ausencia de una mínima tensión provoca una mayor despreocupación en la persona que escribe. Sin exigencia o tensión, sin examen de lo ya realizado, es extraordinariamente difícil llegar a hacer nada bien.

La escritura a mano te deja desnudo ante tu propio texto. No hay refugio, no tienes lugar donde esconderte. Ahí se manifiestan tus necesidades de mejora. No son reproches, sino invitaciones a hacerlo mejor. A dar sólo lo mejor de ti. Porque te engañarías si no lo hicieses. También te defraudarías si no quisieras confrontarte con tus carencias,

con las necesidades de mejora. No es una exigencia externa, es una necesidad íntima de esfuerzo. Con la escritura a mano practicas la escritura en estado puro. También verás lo que hay, no lo que creas o quieras ver.

La comunicación dicen que es el signo de nuestro tiempo. Probablemente nunca ha habido tanta interconexión entre los habitantes de este plantea. Tampoco hemos estado nunca tan vigilados, lo que no puede decirse que sea muy sano. Dejando la vigilancia aparte —aunque me tiente aquello de *Smile, Big Brother is watching you!*—, también tenemos que reconocer que probablemente nunca nos hemos comunicado peor. Porque la comunicación, como el tiempo, sólo es relevante cuando es de calidad.

La calidad de la comunicación escrita es posible que no esté pasando uno de sus mejores momentos. No pienso que cualquier tiempo pasado fue mejor. Es incomparable. En este punto, porque si nos remontamos mucho, sólo escribían cuatro. La comunicación escrita muestra que no sabemos escribir, aunque hayamos agotado las posibilidades del sistema educativo. Por faltas de ortografía, de sintaxis e

incapacidad de construir frases. No son las reglas, es la incapacidad de entender un texto en esas condiciones. Por muy breve que sea. Ya no hablo de estructurar ideas. La comunicación escrita es inútil o imposible sin una mínima capacidad de redacción. Piensa con cuánta gente te puedes comunicar bien por escrito y a cuánta tienes que llamar por teléfono para asegurar la comunicación. No es sólo que respondan. Por desgracia, es algo que verás también en el mundo laboral. Cada vez más necesitarás llamar y te llamarán. No sólo es la pérdida de la escritura, es que la llamada exige simultaneidad. Es una mala organización del trabajo.

Me contestarás con razón que quizá exagere un poco. La informática no es la culpable de todos los males de la civilización. Es cierto. La informática es una herramienta, una sierva. El problema es que demasiadas veces la convertimos en —o la tratamos como— una señora. Como toda servidumbre que se eleva al poder, la informática se puede volver absolutamente tiránica. La informática nos ha vuelto vagos. Tenemos que seguir aprendiendo a escribir. Con la escritura no todo vale. Porque si todo vale,

todo es igualmente irrelevante. Si todo es irrelevante, mejor es que se calle quien lo proponga. Además, no es la informática, es el modo en que nos relacionamos con ella. Si añades u olvidas una coma —o un espacio— al escribir un programa informático, puede llegar a no funcionar en absoluto. O hacer otra cosa totalmente distinta a la que debería. La informática es absolutamente estricta. Somos nosotros los que nos hemos vuelto laxos con nuestro nivel de exigencia.

Escribir a mano no es una práctica aislada. No es una práctica parecida a la pintura. Está íntimamente relacionada con la exigencia de escribir bien. Al menos correctamente, porque no puedes disimular los fallos. Quizá la peor sumisión que puede hacerse a la informática es pensar que la herramienta es la que hace las cosas. No, el ordenador no escribe por ti. Tú escribes con un ordenador. Repito, muchas veces escribirás *a pesar del ordenador*. En ningún caso supongas que el ordenador puede hacer por ti lo que sólo tú tienes que hacer.

13 La lectura

La escritura tiene un fundamento en que has de sostener toda su actividad. Es la lectura. No es simplemente que leas por afición. Leer buena literatura es un cultivo personal muy importante. Sin embargo, cuando escribes se convierte en algo más. Es una manera de aprender a escribir. En qué sentido, distinto de todo lo que te he contado en los demás capítulos, trataré de explicártelo en las páginas que siguen.

La lectura alimenta tu mente, tu espíritu. Como con la comida, existen alimentos más y menos saludables. Hay materias que te proporcionan más energía y otras que menos. Existen energizantes que son momentáneos y muy intensos, y otros que son mucho más duraderos. Con el provecho de los libros, pasa lo mismo. Leer es tan bueno como comer. Si no lees, matas tu espíritu de inanición. Aunque no vale todo lo que leas, igual que todo lo que comas. Del mismo modo que hay comida basura, existe lite-

ratura de consumo. O libros para consumo, como de usar y tirar. Consumir este tipo de libros no es necesariamente bueno. Un cultivo así de tu espíritu sería como tratar de cultivar un jardín con azúcar: matarías todo lo que hubiese.

Por motivos que no vienen al caso, el producto libro se ha convertido en una mercancía. Se vende exactamente igual que si fuesen chorizos o lavadoras. No todo lo que tiene formato de libro es necesariamente así. Sin embargo, los libros para consumo inmediato pretenden hacerse pasar por obras de literatura. Lo siento, pero es un fraude. Una auténtica obra literaria es la que cambia tu vida. Es a la que vuelves cada cierto tiempo, porque tienes una conversación inacabada e inacabable con ella. Como con cualquier amistad íntima, que eso es en el fondo una gran obra.

Si escribes, debes leer buena literatura. La comida rápida no es mejor porque tengamos hambre. Sólo sentirás más ganas de comerla. Una embarazada ha de alimentarse mejor para la criatura que alberga en sus entrañas. Del mismo modo, cuando tienes que escribir, debes nutrir mejor tu alma. Por-

que esos nutrientes te permitirán alumbrar frases mejores y un discurso más equilibrado. Recuerda que el alimento lo asimilas, lo haces carne de tu carne. La lectura te permite asimilar en tu intimidad recursos y fuerzas que no tenías antes. Adquieres perspectivas y sensibilidades nuevas, te apropias de ellas. Así podrás escribir mejor, después de haber hecho tuyo lo que antes te era ajeno. No se trata de que plagies a quien leas. O de que escribas según su estilo. Alimentar tu espíritu es cultivar tu mente con las plantas que te dan las grandes obras de la literatura.

Leer buena literatura es leer a los clásicos. Los clásicos están por encima de las modas. Su decir no está por encima del tiempo, sino que habla a todas las épocas. Su calidad está en haber superado su mera circunstancia histórica. Su eternidad consiste en tener siempre mucho que decir a las generaciones venideras. Es necesario que leas a los clásicos porque son buenos. Porque son pura ambrosía, que los griegos consideraban alimento de los dioses. Es la diferencia entre beber de una fuente de la que mana agua pura, o abrevar en un charco. Muestra

la diferencia del abismo entre comer el mejor de los manjares o tomar una hamburguesa de carne de rata ahogada en salsa de tomate fuertemente especiada.

Me puedes decir que en realidad es cuestión de gustos. Bien, aguanto la respuesta. Puedes seguir argumentando que sobre gustos no hay nada escrito. Ahí ya no me reprimo. Tengo un grandísimo amigo que dice que sobre gustos hay escritas bibliotecas enteras, pero que no las leemos. ¿Nunca has visto libros de gastromonía o sobre arte? Además, también existe el mal gusto. El gusto se educa. Entre otras cosas, para que los niños no acaben comiendo porquería en el sentido más literal. El sentido de degustar no sólo es disfrutar saboreando, sino aprender a hacerlo. Con la literatura pasa lo mismo. Hay que aprender a saborearla. Te pongo un ejemplo muy simple, que pecará de tonto. Si no nos acostumbramos al gusto amargo de la cerveza, nunca seremos capaces de beberla. Por supuesto, no digo que la cerveza sea lo máximo del gusto. Sólo muestra la necesidad de que lo eduquemos.

En el fondo, el manjar más exquisito no necesita nuestra aprobación. De igual modo, las obras

maestras no necesitan que nos gusten. Es algo que nosotros nos perdemos. Porque es un regalo inmerecido que nos hacen. Si abrevamos en el charco, el agua que mana de la fuente no pierde ni un ápice de su frescura. ¿No crees que será mejor beber de la fuente en vez de seguir en el charco? Los libros para consumo son como el colesterol: pueden parecer más fáciles, pero acaban matándote. Al principio, la gran literatura puede que te cueste un poco más, pero la aportación final es de otro nivel. Es como jugar a cualquier deporte en el patio del colegio y participar en unos Juegos Olímpicos. La literatura es un placer adulto, pero si nos comportamos como niños sólo tendremos malas historias.

En el caso de la escritura, hay una razón práctica muy importante. Igual que la aportación de un clásico es mucho mayor, para la escritura te proporcionará mucho más contenido. Aprenderás infinitamente más. Dicho mal y pronto, una vaca pesa y alimenta más que cien hormigas. Los éxitos promocionales de ventas son como un aperitivo escaso que te deja con hambre. Si sólo te alimentas de eso, serás un esqueleto andante. Tu salud será precaria, porque tus

músculos serán casi inexistentes. Lo mismo sucede con tu mente. Si no la nutres con las grandes obras de la literatura universal, estará totalmente anémica.

Realmente sólo aprenderás de las grandes obras. De éxitos promocionales de ventas, además si media una traducción, es posible que cojas algunos defectos. Porque es muy difícil que un libro te enseñe reglas. O incluso a construir frases cuando no sean muy buenas. Las grandes obras te enseñarán a plantear el relato, a construir el discurso. A desarrollar ideas y personajes. Te enseñarán porque puedes aprender de ellas. Por supuesto, no porque sean manuales de escritura. Son grandes ejemplos de escritura, grandes obras. Aprenderás más lento en apariencia, pero mucho más seguro. Leyendo, al mismo tiempo que escribes.

Además de leer grandes obras, debes leer de todos los géneros. No sólo de aquél género que te guste o quieras escribir. Existen más cosas que novela. Aunque haya mucha más novela escrita. O quizá ahora se publique mucha más novela que cualquier otro género literario. En este punto tienes que advertir que el aprendizaje no es meramente la ad-

quisición de una destreza. Hay mucho más. Existe un salto cualitativo que es el cultivo de tu espíritu. La cultura es precisamente la agricultura de tu mente, si me permites la expresión. No se trata de que almacenes conocimientos enciclopédicos, sino de que los hagas propios. En ese cultivo interior, crecerán tu mente y tu espíritu. Así pasarás de tener conocimientos a empezar a saber.

Por eso, no tiene sentido que te limites a tu campo. De aficiones o de comodidades. No te sugiero que sea obligatorio que leas la *Crítica de la razón pura* de Kant. Tampoco tienes que cerrarte, si vieses que puede ser interesante. Lee lo que ha dado que pensar a las mentes más poderosas de la humanidad. Para subirte a hombros de esos gigantes, aunque seamos enanos. Así podrás empezar a recorrer tu camino desde donde llegaron esos grandísimos espíritus.

Este libro se ha generado con
pandoc (http://pandoc.org/).

El documento PDF está compuesto tipográficamente
con ConTEXt (http://contextgarden.net/).

Las tipografías usadas son: *Tempestiva* en el
documento ePub para dispositivos electrónicos;
URW GaramondNo8, *Theano Didot* y *Cousine*
en el documento PDF para impresión en papel.